

# LEON TROTSKY

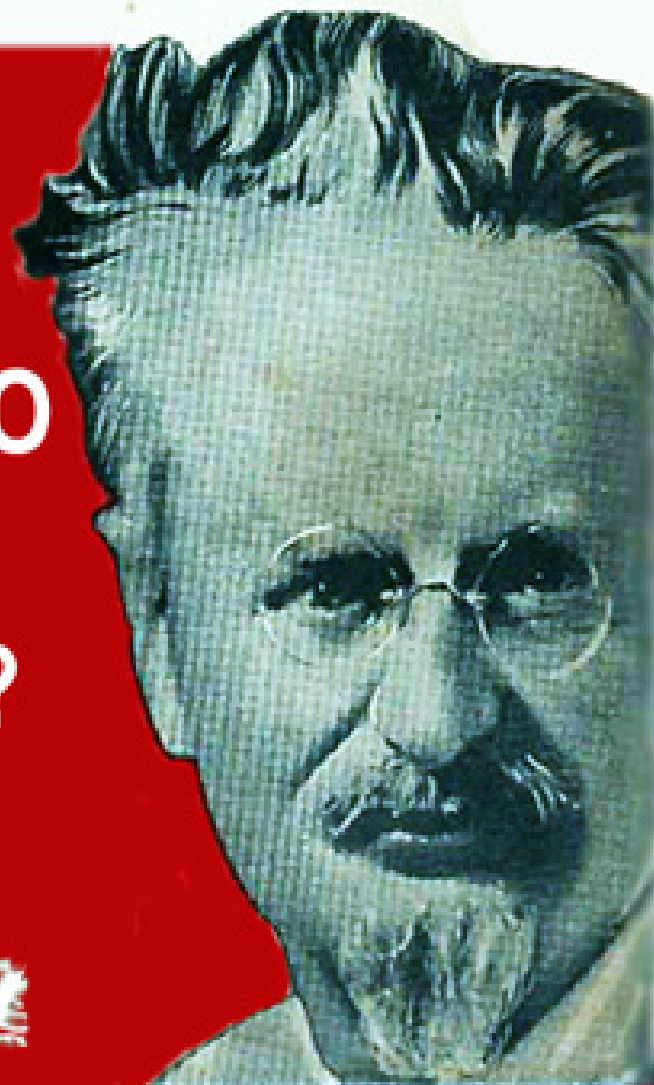
¿SOCIALISMO  
EN UN  
SOLO PAÍS ?

Ediciones:

**MASAS**

La Paz - Bolivia

2023



*"Los países industrialmente más desarrollados no hacen más que poner delante de los países menos progresivos el espejo de su propio porvenir."*

*León Trotski*

## ¿Socialismo en un solo país?

1934

“Los países industrialmente más desarrollados no hacen más que poner delante de los países menos progresivos el espejo de su propio porvenir.” Este aforismo de Marx, no basado metodológicamente en la economía mundial en su conjunto sino en un país capitalista tomado como tipo, deviene cada vez menos aplicable a medida que el desarrollo capitalista alcanza a todos los países, independientemente de su suerte precedente y de su nivel económico. Inglaterra prefiguró en su tiempo el futuro de Francia mucho menos que el de Alemania, pero en absoluto el de Rusia o India. Sin embargo, los mencheviques rusos entendían el aforismo condicional de Marx en un sentido absoluto: la Rusia atrasada no debe adelantarse, debe conformarse dócilmente con los modelos hechos. Los liberales también estaban de acuerdo con ese “marxismo”.

Otra fórmula de Marx, no menos corriente (“Una sociedad no desaparece nunca antes de que sean desarrolladas todas las fuerzas productoras que pueda contener”), se basa, por el contrario, no sobre un país considerado aisladamente sino en los cambios consecutivos a los regímenes sociales universales (esclavitud, Edad Media, capitalismo). Ahora bien, los mencheviques, habiendo tomado esta tesis desde el punto de vista de un estado aislado, concluyeron que el capitalismo ruso todavía tenía camino por hacer antes de alcanzar el nivel europeo o estadounidense. ¡Pero las fuerzas productivas no se desarrollan en el vacío! No se puede hablar de las posibilidades de un capitalismo nacional dejando a un lado, por una parte, la lucha de clase que se desarrolla sobre esta base y, por otra parte, la dependencia de ese capitalismo en relación con las condiciones mundiales. El derrocamiento de la burguesía por el proletariado procedió de las realidades del capitalismo ruso, y por ese hecho redujo a la nada sus posibilidades abstractas. La estructura de la economía, así como el carácter de la lucha de clases en Rusia, estaban determinados, en un grado decisivo, por las condiciones internacionales. En el plano mundial, el capitalismo había alcanzado un punto en el que cesaba de justificar sus gastos de producción, no en el sentido comercial sino desde el punto de vista sociológico: aduanas, militarismo, crisis, guerras, conferencias diplomáticas y otras plagas, absorben y disipan tanta energía creadora que ya no queda lugar para el bienestar y la cultura, a pesar de todos los logros de la técnica.

El hecho, aparentemente paradójico, que la primera víctima de los vicios del sistema mundial haya sido la burguesía de un país atrasado cae en realidad completamente dentro de la lógica de las cosas. Marx ya señalaba la explicación para su época: “Es natural que en las extremidades del cuerpo burgués se produzcan estallidos violentos antes que en el corazón, pues aquí la posibilidad de compensación es mayor que allí.” Bajo las monstruosas cargas del imperialismo antes que nada tenía que caer el estado que todavía no había podido acumular un gran capital nacional pero al que la competencia mundial no le concedía ningún descuento. El crac del capitalismo ruso fue un derrumbe local en la estructura social universal. “Sólo se puede juzgar exactamente a nuestra revolución desde el punto de vista internacional” decía Lenin.

Al fin de cuentas no hemos explicado la revolución de octubre por el estado atrasado de Rusia sino por la ley del desarrollo combinado. La dialéctica histórica no conoce en absoluto estados pura y simplemente atrasados, tampoco situaciones de progreso químicamente puro. Todo consiste en reciprocidades concretas. La historia contemporánea de la humanidad está llena de “paradojas”, no siempre tan grandiosas

como el nacimiento de una dictadura proletaria en un país atrasado pero de un carácter histórico análogo. El hecho que estudiantes y obreros de la china atrasada asimilen ávidamente la doctrina materialista, mientras que los líderes obreros de la Inglaterra civilizada crean en la magia de las fórmulas de conjuración eclesiásticas, prueba indudablemente que China ha superado a Inglaterra en determinados dominios. Pero el menosprecio de los obreros chinos hacia la estupidez medieval de Mac Donald no permite concluir que China, en su desarrollo general, sea superior a gran Bretaña. Por el contrario, la preponderancia económica y cultural de esta última puede expresarse mediante cifras precisas. No obstante, por elevadas que éstas sean, ello no impedirá que los obreros de China puedan llegar al poder más pronto que los de Gran Bretaña. Por otra parte, la dictadura del proletariado chino no significará en absoluto la edificación del socialismo en los límites de la Gran Muralla china. Los criterios escolares, de un obtuso pedantismo o de un nacionalismo demasiado estrecho, no valen nada para nuestra época. Lo que ha arrancado a Rusia de su estado atrasado y de la barbarie asiática es la evolución mundial. Si se hace abstracción de sus vías complicadas tampoco se pueden entender sus destinos ulteriores.

Las revoluciones burguesas estaban dirigidas, a igual título, contra las relaciones feudales de propiedad y contra el particularismo de las provincias. Las banderas de la emancipación anunciaban, junto al liberalismo, el nacionalismo. Los occidentales hace mucho tiempo que dejaron de usar esos patucos de niño. Las fuerzas productivas de nuestro tiempo han superado no solamente las formas burguesas de propiedad sino, también, los límites de los estados nacionales. El liberalismo y el nacionalismo han devenido, en igual medida, trabas a la economía mundial. La revolución proletaria se yergue tanto contra la propiedad privada de los medios de producción como contra la parcelación nacional de la economía mundial. La lucha de los pueblos de oriente por la independencia se inserta en ese proceso mundial para confundirse enseguida con él. La creación de una sociedad socialista nacional, si es realizable, señalaría una extrema decadencia de la potencia económica del hombre; pero precisamente por ello no es realizable. El internacionalismo no es un principio abstracto, es la expresión de un hecho económico. Igual que el liberalismo era nacional, el socialismo es internacional. Partiendo de la división mundial del trabajo, el socialismo tiene como tarea llevar al más alto grado el intercambio internacional de bienes y servicios.

Jamás, ni en ninguna parte, la revolución ha coincidido íntegramente, ni puede coincidir, con la imagen que de ella se hacían sus combatientes. No obstante ello, las ideas y los objetivos de los participantes en la lucha son un elemento muy importante de aquella. Esto es particularmente cierto para insurrección de octubre, pues jamás en el pasado se acercó tanto a la idea que se hacían los revolucionarios de una revolución como lo hizo la realidad de los acontecimientos en 1917.

Un estudio sobre la revolución de octubre quedaría inacabado si éste no respondiese, con toda la precisión histórica posible, a este interrogante ¿cómo, bajo el fuego de los acontecimientos, se presentaba el partido a sí mismo el desarrollo ulterior de la revolución y qué esperaba de ella? La pregunta adquiere una importancia tanto mayor si se tiene en cuenta que las jornadas del pasado están más oscurecidas por el juego de nuevos intereses. La política siempre busca un apoyo en el pasado, y si no lo obtiene de buen grado lo arranca frecuentemente a la fuerza. La política oficial de la Unión Soviética parte de la teoría del "socialismo en un solo país" como de un pretendido punto de vista tradicional del Partido Bolchevique. Las jóvenes generaciones, no solamente las de la

Internacional Comunista sino probablemente también las de todos los otros partidos, se han educado en la convicción que el poder soviético se conquistó en nombre de la edificación de un régimen socialista independiente en Rusia.

La realidad histórica no tiene nada que ver con ese mito. Hasta 1917 el partido no admitía en general la idea de que en Rusia pudiese cumplirse una revolución proletaria antes que fuera realizada en occidente. En la Conferencia de Abril (1917), por primera vez y bajo la presión imperiosa de las circunstancias, el partido admitió que el problema era conquistar el poder.

Este reconocimiento, que abría un nuevo capítulo en la historia del bolchevismo, no tenía, sin embargo, nada en común con la perspectiva de un socialismo independiente. Por el contrario, los bolcheviques rehusaban categóricamente la idea caricaturesca que les querían asignar los mencheviques: la idea de edificar un "socialismo campesino" en un país atrasado. La dictadura del proletariado en Rusia era para los bolcheviques un puente hacia la revolución en occidente. El problema de la transformación socialista de la sociedad, en su misma esencia, se declaraba internacional.

Sobre esta cuestión esencial no se produjo un giro de 180 grados hasta 1924. Se declaró por primera vez que la edificación del socialismo era completamente realizable dentro de los límites de la Unión Soviética, independientemente del desarrollo del resto de la humanidad, siempre que, al menos, el poder soviético no fuera derribado por una intervención militar. La nueva teoría adquirió de golpe un efecto retroactivo. Si en 1917 el partido no hubiese creído en la posibilidad de edificar un régimen socialista independiente en Rusia (declaraban los epígonos) no hubiese tenido derecho a tomar el poder en sus manos. En 1926, la Internacional Comunista condenó oficialmente a quienes no reconociesen la teoría del socialismo en un solo país, extendiendo esa condena a todo el pasado a partir de 1905.

Desde entonces fueron catalogadas como antibolcheviques tres órdenes de ideas: negar la posibilidad de supervivencia de la Unión Soviética durante un tiempo indeterminado en medio del cerco capitalista (problema de la intervención militar); negar su capacidad para superar, con las propias fuerzas del país y dentro de los límites nacionales, el antagonismo de la ciudad y el campo (problema de un estado económicamente atrasado y problema del campesinado); negar la hipótesis de la edificación de un régimen socialista cerrado (problema de la división mundial del trabajo). Según la nueva escuela, la inmunidad de la Unión Soviética se puede asegurar, incluso sin revolución en los otros países, por la "neutralización de la burguesía". La colaboración del campesinado en la edificación socialista debe considerarse como ya adquirida. La dependencia en relación con la economía mundial queda anulada por la revolución de octubre y por los logros económicos de los soviets. No reconocer esos tres puntos es adherirse al "trotskismo", es decir a una doctrina incompatible con el bolchevismo.

El estudio histórico llega aquí al problema de una reconstitución ideológica: es indispensable separar los verdaderos objetivos y opiniones del partido revolucionario de la sedimentación política que los recubrió después. Sea cual sea la brevedad de los períodos que se han sucedido, ese problema adquiere un parecido mucho más grande con el desciframiento de los palimpsestos si se tiene en cuenta que las maquinaciones de la escuela de los epígonos no valen muy a menudo mucho más que las lucubraciones teológicas con las que los monjes de los siglos VII y VIII echaban a perder los pergaminos y papiros de los clásicos.

Si, en general, en todo el curso de esta obra [Historia de la revolución rusa] hemos

evitado obstruir la exposición con numerosas citas, el capítulo presente, y en razón de la naturaleza misma del problema planteado, tendrá que ofrecerle al lector textos auténticos, y en una tal medida que queda excluida la misma idea de una selección artificial. Es indispensable suministrarle al bolchevismo la posibilidad de hablar su propia lengua pues bajo el régimen de la burocracia estalinista se le ha privado de esa posibilidad.

El Partido Bolchevique fue un partido de revolución socialista desde el mismo día de su fundación. Pero consideró que su tarea histórica era, por necesidad, el derrocamiento del zarismo y el establecimiento de un régimen democrático. El contenido social de la revolución debía ser una solución democrática de la cuestión agraria. La revolución socialista se postergaba para un futuro bastante lejano, en cualquier caso indeterminado. Se juzgaba que era incontestable que esa revolución sólo podría estar al orden del día tras la victoria del proletariado en occidente. Esas deducciones, forjadas por el marxismo ruso en la lucha contra el populismo y el anarquismo, entraban en el arsenal del partido. Le seguían consideraciones hipotéticas: en el caso en que la revolución democrática alcanzase en Rusia un potente ímpetu podría darle un impulso directo a la revolución socialista en occidente, y a continuación ello le permitiría al proletariado ruso llegar al poder a marchas forzadas. La perspectiva histórica general no se modificaba incluso ni en el caso más favorable: sólo había aceleración en el desarrollo y se reducían los plazos.

En septiembre de 1905 Lenin escribía, precisamente dentro del espíritu de esas consideraciones: "De la revolución democrática pasaremos enseguida, y precisamente en la medida de nuestras fuerzas, de las fuerzas del proletariado con consciencia de clase y organizado, a la revolución socialista. Estamos a favor de una revolución ininterrumpida [permanente]. No nos quedaremos a mitad camino." Por sorprendente que sea el hecho, Stalin se sirvió de estas líneas para aplastar el viejo pronóstico del partido sobre la marcha real de los acontecimientos en 1917. Sólo que no se comprende por qué los cuadros del partido se vieron cogidos de improviso con las Tesis de Abril de Lenin.

En realidad, la lucha del proletariado por la conquista del poder, según la vieja concepción, sólo tenía que desarrollarse tras la solución de la cuestión agraria en el marco de la revolución burguesa-democrática. Pero la desgracia era que el campesinado, una vez satisfecha su necesidad de tierras, en absoluto sería llevado a apoyar una nueva revolución. Y como la clase obrera rusa, manifiestamente en minoría en el país, no hubiese podido conquistar el poder con sus propias fuerzas, Lenin estimaba como imposible, de forma completamente consecuente, hablar de una dictadura del proletariado en Rusia antes de la victoria del proletariado en occidente.

En 1905, Lenin escribía: "La victoria total de la revolución actual será el fin de la revolución democrática y el comienzo de la lucha decisiva por la revolución socialista. La satisfacción de las reivindicaciones de los campesinos de nuestros días, el aplastamiento completo de la reacción, la conquista de la república democrática, marcarán el fin absoluto del revolucionarismo burgués y aun del pequeñoburgués, será el comienzo de la verdadera lucha del proletariado por el socialismo." Por "pequeña burguesía" se entiende aquí, ante todo, al conjunto del campesinado.

¿De dónde podía venir, pues, la revolución "ininterrumpida" bajo estas condiciones? Lenin respondía a ello: "Los revolucionarios rusos, que se apoyan en cierto número de generaciones revolucionarias de Europa, tienen el derecho a "soñar" que lograrán

realizar con una excepcional plenitud todas las transformaciones democráticas, todo nuestro programa mínimo... Y si se triunfa en este punto entonces... entonces el incendio revolucionario alcanzará a toda Europa... El obrero europeo se levantará a su vez y nos mostrará "cómo se hace esto"; entonces también el levantamiento revolucionario de Europa tendrá su reacción en Rusia y cambiará una época de algunos años de revolución por una época de algunas decenas de años revolucionarios". El contenido independiente de la revolución rusa, incluso en su más alto grado de desarrollo, no supera todavía los límites de una revolución burguesa-democrática. Solamente una revolución victoriosa en occidente podrá abrir la era de la lucha por la conquista del poder incluso por el proletariado ruso. Esta concepción mantuvo en el partido su valor enteramente hasta abril de 1917.

Si se hacen a un lado los aportes episódicos, las exageraciones polémicas y los errores individuales, los debates sobre la cuestión de la revolución permanente durante los años 1905-1917 se reducen a saber no en modo alguno si el proletariado ruso podría construir una sociedad socialista nacional una vez conquistado el poder (ningún marxista ruso dijo ni una palabra sobre ello hasta 1924), sino si aún era posible en Rusia una revolución burguesa efectivamente capaz de resolver la cuestión agraria o si bien para llevar a cabo esta obra sería necesaria la dictadura del proletariado.

¿Sobre qué parte de las antiguas opiniones hizo Lenin una revisión en sus Tesis de Abril? No renunció ni un instante a la doctrina del carácter internacional de la revolución socialista, ni a la idea de que la Rusia atrasada sólo podía adentrarse en la vía del socialismo con la ayuda inmediata de occidente. Pero Lenin proclamó entonces, por primera vez, que el proletariado ruso, precisamente a consecuencia del estado atrasado de las condiciones nacionales, podría llegar al poder más pronto que el proletariado de los países avanzados.

La Revolución de Febrero se mostró impotente para resolver tanto la cuestión agraria como la cuestión nacional. El campesinado y las nacionalidades oprimidas de Rusia tuvieron que apoyar a la revolución de octubre para luchar por las tareas democráticas. El proletariado ruso accedió al poder antes que el proletariado de occidente solamente porque la democracia pequeño burguesa rusa no pudo cumplir la tarea histórica que sí pudo solventar su hermana mayor en occidente. En 1905 el bolchevismo estaba dispuesto a entablar la lucha por la dictadura del proletariado sólo tras haber realizado las tareas democráticas. En 1917 la dictadura del proletariado se instauró porque las tareas democráticas no se habían realizado.

El carácter combinado de la revolución rusa no se agota en ese punto. La toma del poder por la clase obrera suprimía automáticamente la línea de separación entre el "programa mínimo" y el "programa máximo". En la dictadura del proletariado (pero sólo en ella) la transformación de las tareas democráticas en tareas socialistas devenía inevitable, aunque los obreros de Europa no hubiesen tenido entonces todavía tiempo de mostrar "cómo se hace esto".

La inversión de los papeles revolucionarios entre occidente y oriente, por importante que pueda ser para los destinos de Rusia y los del mundo entero, tiene, sin embargo, un significado históricamente limitado. Por lejos que haya corrido adelante la revolución rusa, su dependencia en relación con la revolución mundial no ha desaparecido e incluso no ha disminuido. Las posibilidades de un transcrecimiento de las reformas democráticas en reformas socialistas están directamente creadas por una combinación de condiciones internas, ante todo por las relaciones recíprocas del proletariado y del

campesinado. Pero, en última instancia, los límites de las transformaciones socialistas están determinados por el estado de la economía y la política mundiales. Por muy grande que sea el impulso nacional, éste no da la posibilidad de saltar por encima del planeta.

Al formular su condena del "trotskismo", la Internacional Comunista ha atacado con una particular virulencia el punto de vista según el cual el proletariado ruso, habiendo tomado la dirección y no habiendo sido apoyado por occidente, "llegará a conflictos... con las amplias masas del campesinado cuyo concurso le estaba asegurado cuando ascendió al poder..." Incluso si se estima que la experiencia histórica ha desmentido enteramente ese pronóstico formulado por Trotsky en 1905, mientras que ni uno de sus críticos actuales admitía la sola idea de la dictadura del proletariado en Rusia, incluso en ese caso, se mantiene como irrefutable un hecho: este es que todos los marxistas rusos, incluyendo a Lenin, consideraban al campesinado como un aliado poco seguro y decepcionante. La verdadera tradición del bolchevismo no tiene nada en común con la doctrina de una armonía preestablecida entre los intereses de los obreros y los campesinos. Por el contrario, la crítica de esta teoría pequeño burguesa siempre fue un elemento extremadamente importante de la lucha que opuso durante largos años a los marxistas y a los populistas.

"La época de la revolución democrática pasará para Rusia [escribía Lenin en 1905] y entonces será ridículo hablar de la "unidad de voluntad" del proletariado y del campesinado..." "El campesinado, en tanto que propietario de tierras, jugará en esta lucha [por el socialismo] el mismo papel traidoramente inestable que juega actualmente la burguesía en la lucha por la democracia. Olvidar esto es olvidar el socialismo, es engañarse a uno mismo y engañar a los demás sobre los verdaderos intereses y objetivos del proletariado."

A fines de 1905, y elaborando para sí mismo un esquema de las relaciones de clases en la marcha de la revolución, Lenin caracterizaba así la situación que debería establecerse tras la liquidación de las propiedades de la nobleza: "... el proletariado lucha ya por la conservación de las conquistas democráticas, con vistas a la revolución socialista. Si el proletariado de Rusia estuviera solo, si no acudiera en su ayuda el proletariado socialista europeo, ésta sería una lucha casi sin esperanzas y su derrota sería tan inevitable como la derrota del partido revolucionario alemán en 1849-1850 o como la derrota del proletariado francés en 1871.

... en esta etapa, la burguesía liberal y el campesinado rico (+en parte el campesinado medio) organizan la contrarrevolución. El proletariado de Rusia más el proletariado europeo organizan la revolución.

En tales condiciones, el proletariado de Rusia puede obtener una segunda victoria. La situación ya no es desesperada. El segundo triunfo puede ser la revolución socialista en Europa.

Los obreros europeos nos mostrarán "cómo se hace esto", y entonces nosotros, juntamente con ellos, haremos la revolución socialista."

Casi en esos mismos días Trotsky escribía: "Las contradicciones en la situación del gobierno obrero de un país atrasado, en el que la aplastante mayoría de la población está compuesta por campesinos, sólo encontrarán solución en el plano internacional, en el terreno de una revolución mundial del proletariado." Stalin citó después, precisamente, esas palabras para mostrar "todo el abismo que separa a la teoría leninista de la dictadura del proletariado de la teoría de Trotsky". A pesar de una incontestable disimilitud de las



concepciones revolucionarias de Lenin y Trotsky en aquel tiempo, en resumidas cuentas la cita prueba justamente, sobre la cuestión de la "inestabilidad traidora" del papel del campesinado, que sus puntos de vista ya coincidían en aquellos lejanos días.

En febrero de 1906, Lenin escribe: "Apoyamos al movimiento campesino hasta el final, pero tenemos que recordar que es el movimiento de otra clase, no de la que puede cumplir y cumplirá la revolución socialista." En abril de 1906 Lenin declaraba: "... la revolución rusa puede triunfar con sus propias fuerzas, pero no puede en ninguna forma mantener y consolidar sus conquistas con sus propias manos. No puede lograrlo si no se produce la revolución socialista en Occidente; sin esa condición, la restauración es inevitable con la municipalización, con el reparto y con la nacionalización, pues en todas y cada una de las formas de posesión y de propiedad, el pequeño propietario constituirá el punto de apoyo de la restauración. Después de la victoria completa de la revolución democrática es inevitable que el pequeño propietario enfrente al proletariado, y lo hará tanto más rápidamente cuanto más pronto se arroje por la borda a todos los enemigos comunes del proletariado y del pequeño propietario, [...] Nuestra república democrática no tiene otra reserva que el proletariado socialista de Occidente."

Bajo combinaciones variadas en la forma, pero invariables en el fondo, esas ideas atraviesan todos los años de la reacción y la guerra. No hay ninguna necesidad de multiplicar los ejemplos. Las concepciones del partido sobre la revolución encontrarían su mayor nitidez y más viva claridad en el fuego de los acontecimientos revolucionarios. Si antes de la revolución los teóricos del bolchevismo ya hubiesen tendido hacia el socialismo en un solo país, esta teoría habría llegado a su completa expansión en el período de la lucha inmediata por el poder. ¿Fue así en realidad? La respuesta la dará 1917.

Volviendo a Rusia tras la insurrección de febrero, Lenin escribía en su carta de despedida a los obreros suizos: "El proletariado ruso no puede con sus solas fuerzas acabar triunfalmente la obra de la revolución socialista. Pero puede [...] facilitar el surgimiento de condiciones para que su aliado más importante, más fiel y más seguro, el proletariado socialista europeo y norteamericano, se lance a la lucha decisiva."

La resolución de Lenin, aprobada por la conferencia de abril, dice esto: "El proletariado de Rusia, que actúa en uno de los países más atrasados de Europa, en medio de una enorme población de pequeños campesinos, no puede proponerse como meta inmediata poner en práctica cambios socialistas." No obstante ceñirse estrechamente en sus líneas iniciales a la tradición teórica del partido, la resolución dio un paso decisivo en una nueva vía. Declaró que la imposibilidad de una transformación socialista independiente de Rusia campesina no daba en ningún caso el derecho a renunciar a la conquista del poder, no solamente con objetivos democráticos sino también en vistas a "una serie de pasos prácticos hacia el socialismo, para lo cual el momento ha madurado", tales como la nacionalización de la tierra, el control de los bancos, etc. Las medidas anticapitalistas podrán tener un ulterior desarrollo gracias a las premisas objetivas de la revolución socialista... en los países avanzados más desarrollados. De ahí es precisamente de dónde hay que partir. "Es un error hablar solo de las circunstancias rusas, explica Lenin en su informe, ¿qué problemas se plantearán ante el proletariado ruso en el caso en que un movimiento mundial nos coloque ante la revolución social, he ahí la principal cuestión que se estudia en esta resolución." La cosa está clara: el nuevo punto de partida en abril de 1917, cuando Lenin logró la victoria sobre el espíritu democrático limitado de los "viejos bolcheviques", ¡dista de la teoría del socialismo en un solo país

como el cielo de la tierra!

En cualquier organización del partido, en la capital como en provincias, veremos como de ahí en adelante la cuestión se plantea de la misma forma: en la lucha por el poder hay que recordar que la suerte ulterior de la revolución, en tanto que revolución socialista, vendrá determinada por la victoria del proletariado en los países avanzados. Nadie se opone a esta fórmula; por el contrario, precede los debates como una perspectiva admitida por todos.

En la conferencia del partido en Petrogrado, el 16 de julio, Jaritonov, uno de los que llegaron con Lenin en el "vagón blindado" de los bolcheviques, declaró: "En todas partes decimos que si no hay revolución en Occidente perderemos la partida." Jaritonov no es un teórico; es un agitador medio del partido. En las actas de la misma conferencia se puede leer: "Pavlov recuerda el principio general planteado por los bolcheviques según el cual la revolución rusa sólo florecerá con la condición de recibir el apoyo de una revolución mundial, que sólo es concebible en tanto que revolución socialista..." Decenas y centenares de Jaritonov y Pavlov desarrollan la idea esencial de la Conferencia de Abril. No me viene ahora a la cabeza nadie que protestase contra sus indicaciones o quisiera corregirlas.

El VI Congreso del partido, que se celebró a fines de julio, definía la dictadura del proletariado como la conquista del poder por los obreros y campesinos más pobres. "Sólo esas clases... contribuirán efectivamente al ascenso de la revolución proletaria internacional, que debe liquidar no solamente la guerra sino también la esclavitud del régimen capitalista." El informe de Bujarin descansaba en la idea que la revolución socialista mundial era la única salida a la situación existente. "Si la revolución vence en Rusia antes de que estalle en occidente, deberemos... atizar el incendio de una revolución socialista mundial." En aquellos tiempos no es de una forma muy diferente como Stalin se vio obligado a plantear la cuestión: "Llegará un momento [decía] en el que los obreros levantarán y agruparán en torno a ellos a las capas pobres del campesinado, levantarán el estandarte de la revolución obrera y abrirán la era de la revolución socialista en occidente."

La conferencia de la provincia de Moscú, que sesionó a principios de agosto, nos permite perfectamente lanzar una mirada al laboratorio del pensamiento del partido. En el informe esencial en el que se exponen las decisiones del VI Congreso, Sokolnikov, miembro del Comité Central, dice: "Hay que hacer entender que la revolución rusa debe marchar contra el imperialismo." En el mismo tono se pronunciaron numerosos delegados. Vitolin: "Tenemos que prepararnos para la revolución social que se propagará por Europa occidental." El delegado Belenky: "Si se quiere resolver la cuestión en los marcos nacionales, no tenemos salida. Sokolnikov tiene razón en decir que la revolución rusa sólo vencerá en tanto que revolución internacional... Las condiciones del socialismo en Rusia no están todavía maduras, pero si en Europa comienza la revolución nosotros también marcharemos tras Europa occidental." Stukov: "El principio que la revolución rusa sólo vencerá en tanto que revolución internacional no puede suscitar ninguna duda... La revolución socialista sólo es posible a escala mundial."

Todos están de acuerdo entre ellos en tres puntos: el estado obrero no podrá mantenerse si el imperialismo no es derrocado en occidente; en Rusia las condiciones para el socialismo todavía no están maduras; la tarea de la revolución socialista es esencialmente internacional. Si, junto a estos puntos de vista, que serán condenados como herejía siete y ocho años más tarde, hubiesen existido en el partido los puntos

de vista actualmente reconocidos como ortodoxos y tradicionales, deberían de haber encontrado su expresión en la Conferencia de Moscú, igual que en el congreso del partido que la precedió. Pero ni el ponente ni quienes participaron en los debates, ni los artículos de los diarios, dedican ni una sola palabra a mencionar la existencia en el partido de puntos de vista bolcheviques opuestos a los puntos de vista "trotskistas".

En la conferencia de la ciudad de Kiev, que precedió al congreso del partido, el ponente Gorovitz decía: "La lucha por la salvación de nuestra revolución sólo puede llevarse a escala internacional. Ante nosotros se abren dos perspectivas: si la revolución resulta victoriosa crearemos un estado de transición yendo hacia el socialismo; si no, caeremos bajo el control del imperialismo internacional." Tras el congreso del partido, a comienzos de agosto, Piatakov decía en la nueva conferencia de Kiev: "Desde el principio de la revolución hemos afirmado que la suerte del proletariado ruso depende completamente de la marcha de la revolución proletaria en occidente... Entramos así en la fase de la revolución permanente..." A propósito del informe de Piatakov, Gorovitz, del que acabamos de hablar, declaraba: "Estoy completamente de acuerdo con Piatakov cuando define nuestra revolución como permanente...". Piatakov: "...La única salvación posible para la revolución rusa está en una revolución mundial que dará principio a una transformación social." Pero ¿puede ser que estos ponentes representasen a la minoría? No; nadie les planteó ninguna objeción sobre esta cuestión esencial. En las elecciones de Kiev, tanto uno como otro obtuvieron el mayor número de votos.

Se puede considerar también como absolutamente establecido que, en la conferencia general del partido en abril, en el congreso del partido en julio, en las conferencias de Petrogrado, Moscú y Kiev, se expusieron y confirmaron con votos aprobatorios las mismas ideas que más tarde serían proclamadas incompatibles con el bolchevismo. Mucho más, en el partido no se alzó ni una sola voz que se pudiese interpretar como un presentimiento de la futura teoría del socialismo en un solo país, ni incluso en el grado en el que en los salmos del rey David se descubre una presciencia de los sermones del Cristo.

El 13 de agosto, el órgano central del partido ofrece esta explicación: "... el pasaje de todo el poder a los soviets, aunque no es para nada sinónimo de "socialismo", habría en todo caso quebrado la oposición de la burguesía, y en alianza con las fuerzas productivas existentes y la situación en Europa occidental, habría impuesto una dirección y una transformación de la organización económica en función de los intereses de las masas trabajadoras. Arrojando las cadenas del poder capitalista, la revolución se transformaría en permanente, es decir, continua; habría utilizado su poder, no para perpetuar la ley de la explotación capitalista sino, por el contrario, para destruirla. Sus últimos logros en este campo habrían dependido de los éxitos de la revolución proletaria en Europa. ([...] Tal era y tal es la sola y única perspectiva real para el ulterior desarrollo de la revolución." El autor del artículo era Trotsky, que escribía desde la prisión de Kresty. El redactor en jefe del diario era Stalin. La importancia de esta cita aparece ya por el solo hecho que, hasta 1917, el término "revolución permanente" se empleaba en el Partido Bolchevique exclusivamente para indicar el punto de vista de Trotsky. Algunos años más tarde Stalin declarará: "Lenin luchó contra la teoría de la revolución permanente hasta el final de sus días." En

cualquier caso, el mismo Stalin no llevó adelante esa lucha: el artículo apareció sin ninguna observación de la redacción.

Diez días después, Trotsky escribía de nuevo en el mismo diario: "El internacionalismo

no es para nosotros una noción abstracta (...) sino un principio práctico profundo y directamente dominante. Para nosotros, los éxitos decisivos y permanentes son inconcebibles sin la revolución europea." Y Stalin todavía no tenía nada que objetar. Mucho más, dos días más tarde él mismo repetía: "¡Que [los obreros y soldados] sepan que solamente en unión con los obreros de Occidente se podrá contar con el triunfo de la revolución en Rusia!" Por "triunfo de la revolución" no se entendía en absoluto la edificación del socialismo (no era cuestión de ello todavía en general) sino solamente la conquista y el mantenimiento del poder.

En septiembre Lenin escribía: "La burguesía predica la inevitable derrota de una comuna en Rusia, es decir, la derrota del proletariado, si éste llegara a conquistar el poder." No hay que asustarse por esos gritos: "habiendo conquistado el poder, el proletariado de Rusia tiene todas las posibilidades de mantenerlo y de conducir a Rusia hasta la victoria de la revolución en Occidente." La perspectiva de la insurrección está aquí determinada con una completa nitidez: mantener el poder hasta el comienzo de la revolución socialista en Europa. Esta fórmula no se lanzó a la buena de Dios; Lenin la retoma día tras otro. El artículo-programa ¿Podrán los bolcheviques retener el poder?, lo resume Lenin en estos términos: "... no hay en el mundo fuerza capaz de impedir que los bolcheviques, si no se dejan asustar y si logran tomar el poder, lo retengan hasta el triunfo de la revolución socialista mundial"

El ala derecha de los bolcheviques reclamaba una coalición con los conciliadores alegando que los bolcheviques "por sí solos" no se sostendrían en el poder. Lenin les replicaba el 1 de noviembre, cuando ya se había producido la insurrección: "Se ha dicho que nosotros solos no podremos mantenernos en el poder, etc. Pero no estamos solos. Ante nosotros está Europa entera. Nosotros tenemos que dar el primer paso." Lo que sobresale de una forma particularmente clara del diálogo de Lenin con los bolcheviques de derecha es que ninguna de las partes que mantenían el debate no tuvo ni incluso la idea de una edificación independiente del socialismo en Rusia.

John Reed cuenta como en un mitin en Petrogrado, en la fábrica Obujovsky, un soldado que había vuelto del frente rumano gritaba: "Nos mantendremos con todas nuestras fuerzas hasta que los pueblos del mundo entero se hayan levantado y nos ayuden." Esta fórmula no había caído del cielo y no había sido inventada ni por el soldado anónimo ni por Reed; se la habían inspirado a las masas los agitadores bolcheviques. La voz del soldado regresado del frente rumano era la voz del partido, la voz de la revolución de octubre.

La Declaración de los derechos del pueblo trabajador y explotado (programa de estado presentado en nombre del poder soviético a la Asamblea Constituyente) proclamaba que la tarea del nuevo régimen era "el establecimiento de una organización socialista de la sociedad y la victoria del socialismo en todos los países [...] el poder soviético seguirá firmemente ese camino hasta la completa victoria de la insurrección obrera internacional contra el yugo del capital" La Declaración de los derechos, redactada por Lenin, y que hasta el día de hoy no ha sido derogada, transformó la revolución permanente en una ley fundamental de la República de los Soviets.

Si Rosa Luxemburg, que desde el fondo de su prisión seguía con una atención apasionada y crítica las obras y palabras de los bolcheviques, hubiese descubierto cualquier matiz de socialismo nacional hubiera hecho sonar la alarma inmediatamente. En aquellos días ella criticaba muy severamente (en lo esencial de forma errónea) la política de los bolcheviques. Y sin embargo he aquí lo que escribía a propósito de la línea general del

partido: "El hecho de que los bolcheviques basasen toda su política en la revolución mundial del proletariado constituye precisamente la más esplendorosa expresión de su clarividencia política y de la firmeza de sus principios, de la audacia de su política."

Estos son, precisamente, los puntos de vista que Lenin desarrollaba cotidianamente, que se manifestaban en el órgano central del partido (redactor en jefe Stalin), que inspiraban los discursos de los agitadores, grandes y pequeños, que eran asumidos por los soldados del frente de sectores lejanos, que Rosa Luxemburg consideraba como la mayor prueba de la clarividencia política de los bolcheviques; esos puntos de vista son, precisamente, los que la burocracia de la Internacional Comunista condenó en 1926. "Los puntos de vista de Trotsky y de sus partidarios sobre la cuestión fundamental del carácter y de las perspectivas de nuestra revolución, [se dice en una decisión del VIII plenario de la Internacional Comunista] no tienen nada en común con los puntos de vista de nuestro partido, con el leninismo". Así es como los epígonos del bolchevismo zanján sus cuentas con su propio pasado.

Si, efectivamente, algunos combatieron en 1917 la teoría de la revolución permanente fueron los cadetes y los conciliadores. Miliukov y Dan denunciaban las "ilusiones revolucionarias del trotskismo" como la causa principal de la debacle de la revolución de 1905. En su discurso de apertura de la Conferencia Democrática, Chjeídze estigmatizaba la tentativa de "extender el incendio de la guerra capitalista dándole a la revolución un carácter socialista mundial." El 13 de octubre, Kerensky decía en el preParlamento: "En la hora actual no hay enemigos más peligrosos de la revolución, de la democracia y de todas las conquistas de la libertad, que aquellos que... bajo la voluntad aparente de profundizar la revolución y de transformarla en una revolución social permanente, pervierten y, parece ser, ya han pervertido a las masas..." Chjeídze y Kerensky eran adversarios de la revolución permanente por la misma razón por la que eran enemigos de los bolcheviques.

En el II Congreso de los Soviets, en el momento de la toma del poder, Trotsky decía: "Si los pueblos insurreccionales de Europa no aplastan el imperialismo, nosotros seremos aplastados; eso está más allá de toda duda. O bien la Revolución Rusa desencadena la vorágine de la lucha en occidente, o bien los capitalistas de todos los países aplastarán nuestra revolución." "¡Hay una tercera vía!" gritó alguien desde el auditorio. ¿Puede ser que la interrupción proviniese de Stalin? No, provenía de un menchevique. Hicieron falta algunos años más para que los bolcheviques descubriesen la "tercera vía".

Bajo la influencia de innumerables repeticiones en la prensa estalinista mundial, parece casi establecido, por los círculos políticos más diversos, que en la base de las disensiones concernientes a Brest-Litovsk habrían dos concepciones: una que partía de la posibilidad no solamente de mantenerse en el poder sino, también, de edificar el socialismo con las fuerzas internas de Rusia; otra que contaba exclusivamente con la insurrección en Europa. En realidad esta oposición de tesis sólo se estableció algunos años más tarde, y los autores de esta invención no se molestaron siquiera en ponerla de acuerdo, al menos aparentemente, con los documentos históricos. Es cierto que hubiese sido difícil hacerlo: todos los bolcheviques, sin excepciones, estimaban también durante el período de Brest que si la revolución no estallaba en Europa lo más rápidamente posible la república soviética estaba condenada a su pérdida. Unos fijaban su estimación en algunas semanas, otros en algunos meses, nadie contaba con años.

"Desde el principio de la república rusa [escribía Bujarin el 28 de enero de 1918] el partido del proletariado revolucionario declaró: o bien la revolución internacional,

desatada por la revolución rusa, ahogará a la guerra y al capital, o bien el capital internacional ahogará a la revolución rusa.” Pero Bujarin, que en aquellos días estaba a la cabeza de los partidarios de una guerra revolucionaria contra Alemania, ¿no atribuía acaso las opiniones de su fracción a todo el partido? Por natural que sea esta suposición está enteramente refutada por los documentos.

Las actas del Comité Central de 1917 y de principios de 1918, publicadas en 1929, a pesar de sus lagunas y de su presentación tendenciosa, ofrecen también sobre esta cuestión indicaciones inapreciables “Sesión del 11 de enero de 1918. El camarada Serguev (Artem) señala que todos los oradores están de acuerdo en este punto: nuestra república socialista está amenazada de desaparición si no se produce revolución socialista en Occidente.” Serguev se mantenía en la posición de Lenin, es decir que era partidario de la firma del tratado de paz. A Serguev no se le planteó ninguna objeción. Los tres grupos en desacuerdo llamaban, a quién más de todos, a una premisa común: sin revolución mundial no nos mantendremos.

Stalin aportó, ciertamente, una nota particular a los debates: motivó la necesidad de firma la paz separada diciendo que “no hay movimiento revolucionario en occidente, de hecho no hay nada, solamente hay una revolución en potencia y no podemos contar con un acontecimiento potencial”. Muy lejos aún de la teoría del socialismo en un solo país, con esos términos manifestó sin embargo con nitidez su desconfianza orgánica frente al movimiento internacional. “¡No podemos contar con un acontecimiento potencial!” Lenin se desmarcó inmediatamente de “algunos puntos” del apoyo que le aportó Stalin: que la revolución en occidente no había comenzado todavía era justo; “sin embargo, si por este motivo modificamos nuestra táctica seremos traidores al socialismo internacional”. Lenin era partidario de una paz inmediata por separado, no porque no creyese en absoluto en un movimiento revolucionario en occidente, y menos todavía porque creyese en la vitalidad de una revolución rusa aislada: “Lo que nos importa, es sostenernos hasta la aparición de una revolución socialista general, y no podemos llegar a lograrlo más que tras haber concluido la paz.” El sentido de la capitulación de Brest se resumía para Lenin en estos términos: “Una pausa para respirar.”

Las actas prueban que tras la advertencia de Lenin, Stalin buscó una ocasión para reajustar su punto de vista: “Sesión del 23 de febrero de 1918.

El camarada Stalin... Nosotros también apostamos por la revolución, pero vosotros contáis con semanas y nosotros con meses.” Stalin retoma aquí literalmente la fórmula de Lenin. La distancia que separa a las dos alas en el seno del comité central sobre la cuestión de la revolución mundial es una evaluación en semanas o meses.

Defendiendo en el VII Congreso del partido, en marzo de 1918, la firma de la paz de Brest, Lenin decía: “Es una lección porque es una verdad absoluta que sin una revolución alemana estamos perdidos. Quizá tengamos que replegarnos, no a Petrogrado ni a Moscú, sino a Vladivostok o a lugares aún más lejanos, [...] Pero de todos modos y con todas las peripecias posibles e imaginables, si la revolución alemana no llega, estamos perdidos.” Sin embargo no se trataba solamente de Alemania. “El imperialismo internacional, el poderío de su capital, con su máquina militar altamente organizada, que representa una verdadera fuerza, un verdadero baluarte del capital internacional, en ningún caso, en ninguna situación, podía vivir al lado de la República Soviética [...] Aquí el conflicto es inevitable. Aquí reside la mayor dificultad de la revolución rusa, su problema histórico más grande: la necesidad de resolver los problemas internacionales, la necesidad de llamar a una revolución mundial, la necesidad de realizar el paso de

nuestra revolución, como revolución limitadamente nacional, a la revolución mundial." En una resolución secreta que se adoptó se dice: "El Congreso considera que la única garantía segura del afianzamiento de la revolución socialista triunfante en Rusia es su transformación en revolución obrera mundial."

Algunos días después, Lenin presentaba un informe en el Congreso de los Soviets: "El imperialismo mundial y junto a él la marcha victoriosa de la revolución social no pueden marchar juntos." El 23 de abril decía en la sesión del Soviet de Moscú: "Nuestro atraso nos impulsó adelante, y si no sabemos resistir hasta que llegue el vigoroso apoyo de los obreros que se han alzado a la insurrección en otros países, pereceremos." En mayo de 1918, el mismo Lenin escribía: "... el proletariado tiene razón cuando afirma que es necesario retroceder, así sea hasta los Urales (ante el imperialismo occidental y oriental), porque no tenemos fuerzas, pues en ello reside la única posibilidad de ganar tiempo mientras madura la revolución en occidente".

Lenin se daba perfectamente cuenta de que los aplazamientos de las negociaciones en Brest agravaban las condiciones de la paz. Pero colocaba los problemas de la revolución internacional por encima de los problemas "nacionales". Lenin, a pesar de los desacuerdos episódicos con Trotsky a propósito de la firma de la paz, dice el 28 de junio de 1918 en la Conferencia de Moscú de los Sindicatos: "Cuando se iniciaron las negociaciones de Brest, resonaron en el mundo las revelaciones del camarada Trotsky, ¿y acaso esta política no condujo a que en un país enemigo, complicado en una terrible guerra imperialista con otros gobiernos, nuestra política produjera no ira, sino la simpatía de las masas populares?" Ocho días después, en un informe del Consejo de Comisarios del Pueblo al V Congreso de los Soviets, Lenin volvió sobre la misma cuestión: "Después de cumplir nuestro deber ante todos los pueblos [...] por intermedio de nuestra delegación de Brest encabezada por el camarada Trotsky" Un año más tarde, Lenin lanzaba este llamamiento: "Trozamos con este hecho en la época de la paz de Brest, cuando el poder soviético colocó a la dictadura mundial del proletariado y a la revolución mundial por encima de todos los sacrificios nacionales, por muy duros que fueran."

"¿Qué importancia [pregunta Stalin, cuando el tiempo ha borrado de su memoria los contornos de ideas que ya no eran muy nítidas], qué importancia puede tener la declaración de Trotsky según la cual la Rusia revolucionaria no podrá sostenerse frente a la Europa conservadora? Sólo puede tener un significado: Trotsky no siente la potencia interna de nuestra revolución."

En realidad, todo el partido presentaba unanimidad en esta convicción de que "frente a la Europa conservadora" la república soviética no podría sostenerse. Pero eso sólo era el reverso de otra convicción según la cual la Europa conservadora no podría sostenerse frente a la Rusia revolucionaria. Bajo una forma negativa se expresaba una inquebrantable fe en la potencia internacional de la revolución rusa. Y, en su conjunto, el partido no se equivocaba. En cualquier caso, la Europa conservadora no resistió íntegramente. Incluso la revolución alemana, traicionada por la socialdemocracia, se vio lo bastante fuerte como para recortarle las garras a Ludendorff y Hoffmann. Sin esta operación, la república soviética probablemente no habría escapado a su pérdida.

Pero incluso tras el hundimiento del militarismo alemán, la apreciación general de la situación internacional no resultó modificada. "Sabíamos que nuestros esfuerzos conduciría inevitablemente a la revolución mundial [decía Lenin en una sesión del Comité Ejecutivo Central a fines de julio de 1918] Las cosas se presentan ahora de manera tal,

que si bien por un lado salimos de la guerra, en cuanto a una coalición, por otro lado experimentamos de inmediato la embestida del imperialismo." En agosto, cuando la guerra civil iluminaba el Volga, con la participación de los checoslovacos, Lenin declaraba en un mitin en Moscú: "Nuestra revolución comenzó como una revolución general y nuestras tareas las cumpliremos con ayuda de los obreros y campesinos del mundo. [...] Los obreros asegurarán la victoria de la República Soviética sobre los checoslovacos y darán la posibilidad de que nos mantengamos hasta que estalle la revolución socialista mundial." Sostenerse esperando a que estalle la revolución en occidente, tal era en otro tiempo la fórmula del partido.

En esos mismos días Lenin escribía a los obreros estadounidenses: "Nos encontramos como en una fortaleza sitiada, esperando que llegue la ayuda de otros destacamentos de la revolución socialista mundial." En noviembre se expresa aún más categóricamente: "Los hechos de la historia mundial demostraron [...] que la transformación de nuestra revolución rusa en socialista, no era una aventura sino una necesidad, pues no había otra alternativa: el imperialismo anglofrancés y norteamericano destruirá inevitablemente la independencia y la libertad de Rusia, si no triunfa la revolución socialista mundial, el bolchevismo mundial." Si hay que atenerse a los términos de Stalin, Lenin evidentemente no siente "la potencia interna de nuestra revolución".

El primer aniversario de la insurrección ya ha pasado. El partido había tenido bastante tiempo para ver claro a su alrededor. Y no obstante ello, en su informe al VIII Congreso del partido, en marzo de 1919, Lenin declaró de nuevo: "No vivimos sólo en un estado, sino dentro de un sistema de estados, y es inconcebible que la República Soviética pueda existir durante mucho tiempo al lado de los Estados imperialistas. En fin de cuentas, deberá triunfar uno u otro."

En el tercer aniversario, que coincidía con el aplastamiento de los blancos, Lenin traía a colación recuerdos y generalizaba: "... si aquella noche se nos hubiese dicho que al cabo de tres años [...] tendríamos esta victoria nuestra, nadie, ni siquiera el optimista más incorregible, lo habría creído. Sabíamos entonces que nuestra victoria sería firme sólo cuando nuestra causa hubiera triunfado en todo el mundo, y cuando comenzamos nuestra obra contábamos exclusivamente con la revolución mundial" No se podría pedir testimonio más irrefutable: en el momento de la insurrección de octubre, "el optimista más incorregible", ¡lejos de soñar con la edificación de un socialismo nacional no creía incluso ni en la posibilidad de una defensa de la revolución sin una ayuda directa del exterior! "... Depositamos nuestra esperanza en la revolución internacional". Ni el partido ni el Ejército Rojo necesitaban el mito del socialismo en un solo país para asegurar la victoria contra legiones de enemigos durante una lucha de tres años.

La situación mundial se presentó más favorablemente de lo que se podría haber esperado. Las masas manifestaron una excepcional disposición a realizar sacrificios para lograr nuevos objetivos. La dirección utilizó con destreza las contradicciones del imperialismo en el primer periodo, el más difícil. En suma, la revolución mostró una mayor estabilidad de la que hubiesen esperado los "optimistas más incorregibles". Además, el partido conservaba íntegramente su posición internacional de antaño.

"Si no hubiese habido guerra [explicaba Lenin en enero de 1918] constataríamos la unión de los capitalistas del mundo entero: una unión en el terreno de la lucha contra nosotros." "Si pudimos acabar tan fácilmente con las bandas de Kérenski, si instauramos con tanta facilidad el poder en nuestro país, si obtuvimos sin la menor dificultad decretos sobre la socialización de la tierra y el control obrero; [decía Lenin



en el VII Congreso del partido] si todo eso fue tan fácil, se debió sólo a una afortunada combinación de circunstancias que nos protegió del imperialismo internacional por poco tiempo." En abril, Lenin decía en una sesión del Comité Ejecutivo Central: "... hemos logrado una tregua solamente porque en occidente continúa la masacre imperialista, y en el Lejano Oriente la rivalidad imperialista se extiende cada vez más. Únicamente a eso se debe que la República Soviética exista"

La excepcional combinación de circunstancias no durará eternamente. "Acabamos de pasar de la guerra a la paz, decía Lenin en noviembre de 1920, pero no hemos olvidado que la guerra volverá. Mientras subsistan el capitalismo y el socialismo no podremos vivir en paz, uno u otro debe vencer finalmente. Habrá una misa de réquiem o bien por la República Soviética o bien por el imperialismo mundial. Es un plazo en la guerra."

La transformación de la "tregua" primitivamente prevista en período prolongado de equilibrio inestable ha sido posible no solamente por la lucha entre grupos capitalistas sino, también, por el movimiento revolucionario internacional. Bajo la influencia de la insurrección de noviembre en Alemania, las tropas alemanas tuvieron que abandonar Ucrania, las provincias bálticas y Finlandia. La penetración del espíritu de rebelión entre los ejércitos de la Entente obligó a los gobiernos francés, inglés y estadounidense a retirar sus tropas de las costas meridionales y septentrionales de Rusia. La revolución proletaria en occidente no venció pero, en camino hacia la victoria, le sirvió al estado soviético de cobertura durante cierto número de años.

En julio de 1921, Lenin estableció el balance: "Se ha llegado a un equilibrio que, aunque poco sólido, extremadamente inestable, no deja por ello de ser un equilibrio tal que la república socialista puede subsistir, por supuesto que por poco tiempo, rodeada por el cerco capitalista." Así fue como de una semana a otra el partido asimilaba, poco a poco, la idea que el estado obrero podría vivir en paz, durante cierto tiempo, "por supuesto que por poco tiempo", dentro del cerco capitalista.

De forma absolutamente incontestable, de los datos precedentes resulta una deducción no carente de importancia: según la convicción general de los bolcheviques, el estado proletario no podía sostenerse durante mucho tiempo sin una victoria del proletariado en occidente; el programa de la edificación del socialismo en un solo país estaba, por ello, prácticamente excluido; ni se planteaba la cuestión.

Sin embargo sería completamente erróneo creer, como ha intentado sugerir la escuela de los epígonos estos últimos años, que el partido hubiese visto en los ejércitos capitalistas el único obstáculo en la vía del socialismo nacional. La amenaza de una intervención armada estaba puesta, efectivamente, en primer plano. Pero incluso el peligro de guerra no representaba más que la expresión más aguda de la preponderancia técnica e industrial de los países capitalistas. Al fin de cuentas, el problema se reducía al aislamiento de la república soviética y a su estado atrasado.

El socialismo es la organización por la sociedad de una producción racional y armoniosa para la satisfacción de las necesidades humanas. La propiedad colectiva ejercida sobre los medios de producción no es todavía el socialismo; sólo es la condición jurídica previa. El problema del régimen socialista no puede separarse del de las fuerzas productivas que, en la fase actual de la evolución humana, es por esencia de una amplitud mundial. Tal estado devenido estrecho para el capitalismo, es mucho menos capaz de devenir el terreno de un régimen socialista acabado. La condición atrasada de un país revolucionario aumenta para él, además, el peligro de un reflujo hacia el capitalismo. Rechazando la perspectiva de una revolución socialista aislada, los bolcheviques tenían en vistas no

el problema, mecánicamente separado, de la intervención, sino todo el conjunto de las cuestiones que se refieren a la base económica internacional del socialismo.

En el VII congreso del partido, Lenin decía: "Si Rusia marcha ahora, y marcha indiscutiblemente desde su paz "de Tilsit" a un auge nacional..., la salida no está por el lado del estado burgués sino por el de una revolución socialista internacional." Ta es la alternativa: o bien la revolución internacional o bien un reflujo hacia el capitalismo. "No sabemos y no podemos saber cuántas etapas de transición al socialismo habrá. Eso depende de que comience la total revolución socialista europea".

En abril del mismo año, pidiendo que se agrupasen las filas para el trabajo práctico, Lenin escribía: "... sólo en la medida en que seamos capaces de resolver la tarea de organización que tenemos planteada, podremos prestar una ayuda efectiva a la revolución socialista en occidente, que se ha atrasado por una serie de causas." La primera empresa de edificación económica se incluye inmediatamente en el esquema internacional: se trata de "ayudar a la revolución socialista en occidente" y no en absoluto de crear un reino socialista independiente en Oriente.

A propósito de la hambruna inminente Lenin declara a los obreros de Moscú: "En nuestra agitación es necesario... explicar que la calamidad que se ha abatido sobre nosotros es una calamidad internacional que no tiene otra salida más que la revolución internacional." Para vencer la hambruna es necesaria una revolución del proletariado mundial, declara Lenin. Para edificar un régimen socialista es suficiente con una revolución en un solo país, le responden los epígonos. ¡Tal es la amplitud de los desacuerdos! ¿Quién tiene razón? En cualquier caso, no olvidemos que no obstante los éxitos de la industrialización, la hambruna no se ha vencido aún en estos días.

El Congreso de los Consejos de Economía Nacional formulaba en diciembre de 1918 un esquema de la edificación socialista en los términos siguientes: "La dictadura del proletariado mundial deviene históricamente inevitable [...] El desarrollo de toda la sociedad en el mundo, así como también de cada país en particular, está determinado por ello. La institución en los otros países de la dictadura del proletariado, y de una forma soviética de gobierno, hará posible el establecimiento de relaciones económicas muy estrechas entre los países, la división internacional del trabajo en el plano de la producción, con la finalidad de la organización de servicios económicos internacionales." Que semejante resolución haya podido ser votada por un congreso de órganos gubernamentales ante los que se planteaban problemas puramente prácticos (el carbón, los bosques, la remolacha), muestra mejor que nada cómo, durante este período, en la conciencia del partido predominaba sin división la perspectiva de la revolución permanente.

En El ABC del comunismo, manual del partido redactado por Bujarin y Preobrazhensky, y que fue publicado en numerosas ediciones, leemos: "La revolución comunista puede únicamente vencer, como revolución mundial [...] en una situación en la que sólo hay victoria obrera en un solo país, la edificación económica tropieza con enormes dificultades [...] Para la victoria del comunismo se necesita la victoria de la revolución mundial."

Dentro del mismo espíritu, con las mismas ideas, en un folleto popular que ha sido reeditado en numerosas ocasiones por el partido y traducido a lenguas extranjeras, escribía: "...Ante el proletariado ruso se plantea con más agudeza que nunca el problema de la revolución internacional [...] La revolución permanente en Rusia se transforma en una revolución europea del proletariado."

En el famoso libro de Skvortsov Stépanov, La electrificación, aparecido bajo la dirección

y con prefacio de Lenin, en un capítulo que éste recomienda muy fervientemente a la atención de los lectores, se dice: "El proletariado de Rusia nunca ha soñado con crear un estado socialista aislado. Un estado "socialista" independiente por sí mismo es un ideal pequeño burgués. No se puede concebir un acercamiento a ese estado en cierta medida si predomina económica y políticamente la pequeña burguesía; buscando aislar del mundo exterior a ese estado, quiere encontrar el medio para consolidar sus formas económicas que, tanto a causa de la técnica como de la economía modernas, han devenido las más inestables." ¡Estas sobresalientes líneas, que indiscutiblemente fueron revisadas por Lenin, arrojan un vivo haz de luz sobre la evolución ulterior de los epígonos!

En las tesis sobre la cuestión nacional y colonial presentadas en el II Congreso de la Internacional Comunista, Lenin definía la tarea general del socialismo como superación de las etapas nacionales de la lucha, como "la tendencia a crear una economía mundial única formando un todo, regulada según un plan general por el proletariado de todas las naciones, tendencia que ya se ha revelado con toda nitidez bajo el capitalismo y que sin duda alguna está llamada a desarrollarse y triunfar bajo el socialismo." En relación con esta tendencia progresista que hereda el socialismo, la idea de un régimen socialista en un solo país constituye por sí misma una reacción.

Las condiciones de la formación de la dictadura del proletariado y las de la edificación del régimen socialista no son ni idénticas ni convergentes y presentan incluso antagonismos en determinados casos. El hecho que el proletariado ruso haya llegado el primero al poder no significa en absoluto que llegará el primero también al socialismo. La disparidad contradictoria de la evolución que lleva a la insurrección de octubre no desaparece con el éxito de esta última; se encuentra en la misma base del primer estado obrero.

En marzo de 1918, Lenin decía: "Cuanto más atrasado es el país que, debido a los vaivenes de la historia, ha sido el que comenzó la revolución socialista, más difícil es para ese país pasar de las viejas relaciones capitalistas a las relaciones socialistas." Esta idea reaparece en los discursos y artículos de Lenin, año tras año. En mayo del mismo año Lenin dice: "... nos fue fácil iniciar la revolución y más difícil continuarla, y por eso en occidente será más difícil comenzar la revolución y más fácil continuarla." En diciembre Lenin desarrolla la misma idea ante una auditorio de campesinos, para los que lo más difícil es dirigir su mirada más allá de las fronteras nacionales: "... en dichos países [occidentales] el paso a la agricultura socialista, el empleo de la técnica agrícola moderna y la unión de la población agrícola se efectuarán con mayor celeridad y facilidad que en nuestro país. Los campesinos trabajadores de Rusia pueden estar seguros ahora de que, en alianza con los obreros urbanos y con el proletariado socialista del mundo entero, superarán todos los infortunios" En 1919 repetía: "...a los rusos les era más fácil comenzar una gran revolución proletaria en comparación con los países avanzados, pero les es más difícil continuarla y llevarla hasta la victoria final, en el sentido de una completa organización del régimen socialista." El 27 de abril de 1920 retomaba esto con insistencia: "Rusia pudo comenzar la revolución socialista mientras que continuarla y llevarla hasta el final le será más difícil que a los países europeos. Ya tuve que señalar, a principios de 1918, esta circunstancia, y una experiencia de dos años ha confirmado la justeza de este juicio..."

Los siglos de la historia muestran en su desarrollo diversos niveles de cultura. Para acabar con el pasado se necesita tiempo, no nuevos siglos pero sí décadas. "Es probable que ni siquiera la próxima generación, mas evolucionada, logre completar la transición

al socialismo”, decía Lenin en la sesión del Comité Ejecutivo Central, el 29 de abril de 1918. Casi dos años después, en el congreso de las comunas agrícolas, indica plazos todavía más alejados. “Sabemos que no podemos implantar ahora un orden socialista; quiera Dios que puedan implantarlo en nuestro país nuestros hijos, o quizá nuestros nietos.” Los obreros rusos se han puesto en camino antes que los otros, pero llegarán al final más tarde que el resto. Esto no es pesimismo; es realismo histórico.

“... Nosotros, proletariado de Rusia, adelantamos a Inglaterra y Alemania por nuestro régimen político..., [escribía Lenin en mayo de 1918] y, sin embargo, vamos atrasados frente al más atrasado de los estados de Europa occidental... en cuanto al grado de nuestra preparación en el establecimiento material y productivo del socialismo.” La misma idea la expresa en un paralelismo entre dos estados: “En 1918 Alemania y Rusia son la encarnación evidente de la realización material de las condiciones económicas, productivas y socioeconómicas del socialismo, por un lado, y de las condiciones políticas, por el otro.” Los elementos de la sociedad futura están como dispersos entre diversos países. Reunirlos y subordinarlos unos a otros, he ahí la tarea de una serie de insurrecciones nacionales que se combinan en una revolución mundial.

Lenin ridiculizaba de antemano la idea de un carácter autárquico de la economía soviética: En diciembre de 1920, en el VIII Congreso de los Soviets, Lenin decía: “Mientras nuestra República Soviética sea el aislado confín del mundo capitalista, sería ridículo, fantástico y utópico, pensar en nuestra total independencia”. El 27 de marzo de 1922, en el XI Congreso del partido, Lenin lanzaba esta advertencia: “la severa prueba que impondrá la crisis financiera que se aproxima, la prueba impuesta por el mercado ruso y el mercado internacional a los cuales estamos subordinados, con el que es tamos vinculados, del que no podemos aislarnos. Es una prueba severa, ya que en ella podemos ser derrotados, tanto económica como políticamente.”

La idea de la dependencia de la economía soviética en relación con la economía mundial está considerada ahora por la Internacional Comunista como “contrarrevolucionaria”: ¡el socialismo no puede depender del capitalismo! Los epígonos han cometido la diablura de olvidar que el capitalismo, igual que el socialismo, se apoya en la división mundial del trabajo que debe llegar a su más completa plenitud precisamente bajo el socialismo. La edificación económica en un estado obrero aislado, por importante que sea por sí misma, seguirá siendo incompleta, limitada y contradictoria; no puede alcanzar las alturas de una nueva sociedad armoniosa.

“Un verdadero crecimiento de la economía socialista en Rusia [escribía Trotsky en 1922] sólo será posible tras la victoria del proletariado en los más importantes países europeos.” Se han dado a conocer estas palabras para introducirlas en un acta de acusación. Ahora bien, esas palabras expresaban en su tiempo la idea común de todo el partido. “El asunto de la edificación [decía Lenin en 1919] depende completamente de la rapidez con la que la revolución venza en los principales países de Europa. Solamente tras semejante victoria podremos ocuparnos seriamente de la construcción.” Tales palabras no expresaban en absoluto desconfianza ante la revolución rusa sino la creencia en la próxima llegada de la revolución mundial. Actualmente también, tras grandes éxitos económicos logrados por la Unión Soviética, sigue siendo justo decir que “un verdadero crecimiento de la economía socialista” sólo es posible sobre la base internacional.

El partido consideraba también bajo el mismo ángulo el problema de la colectivización de la agricultura. El proletariado no puede construir una nueva sociedad sin llevar al campesinado al socialismo, mediante una serie de grados intermedios, campesinado

que constituye una considerable parte de nuestra población, una parte predominante en buen número de países y una amplia mayoría en toda la extensión del globo terrestre. La solución a ese problema, difícil entre nosotros, depende al fin de cuentas de las relaciones cuantitativas y cualitativas establecidas entre la industria y la agricultura; el campesinado se adentrará tanto más voluntariamente y con más éxito en la vía de la colectivización en tanto que reciba de la ciudad una más rica aportación económica y cultural.

¿Existe, sin embargo, una industria suficiente para la transformación de la aldea? Lenin también volvía a llevar ese problema más allá de las fronteras nacionales. En el IX Congreso de los Soviets, Lenin decía: "...si analizamos este problema en escala mundial, vemos que existe una gran industria próspera, capaz de suministrar al mundo todos los artículos (...) En esto basamos nuestros cálculos." La relación entre la industria y la agricultura, infinitamente menos favorable en Rusia que en los países de occidente, sigue siendo hasta ahora la base de crisis económicas y políticas que amenazan en determinados momentos la estabilidad del sistema soviético.

La política de lo que se llamó el "comunismo de guerra", como se deduce de lo que se acaba de decir, no estaba en absoluto calculada para la edificación de un régimen socialista dentro de los límites nacionales. Los mencheviques eran los únicos en ridiculizar al poder soviético atribuyéndole semejantes planes. Para los bolcheviques los destinos ulteriores del régimen espartano impuesto por el desorden y la guerra civil dependían directamente del desarrollo de la revolución en Occidente. En enero de 1919, en pleno comunismo de guerra, Lenin decía: "... defenderemos los principios fundamentales de nuestra política comunista de abastecimientos y los mantendremos intactos hasta que llegue el momento de la victoria definitiva y mundial del comunismo." Lenin se equivocaba junto a todo el partido. Fue necesario modificar la política de aprovisionamientos. Actualmente se puede considerar como establecido que, incluso si se hubiese producido la revolución socialista en Europa en los dos o tres primeros años que siguieron a Octubre, hubiese sido igualmente inevitable un retroceso en la vía de la Nep. Pero si se aprecia retrospectivamente la primera etapa de la dictadura, se ve muy claramente hasta qué punto los métodos del comunismo de guerra y sus ilusiones se enredaban con la perspectiva de la revolución permanente.

A la salida de los tres años de guerra civil, una profunda crisis interna mostró la amenaza de una ruptura directa entre el proletariado y el campesinado y entre el partido y el proletariado. Se necesitaba una revisión radical de los métodos del poder soviético. "... debemos satisfacer al campesinado medio económicamente y llegar a la libertad de intercambio; de otro modo, dado que la revolución mundial se retarda, será imposible (económicamente imposible) mantener el poder del proletariado en Rusia". Pero el paso a la Nep ¿no vino acompañado por una ruptura de principios entre los problemas internos y los problemas internacionales?

Lenin hizo una apreciación de conjunto de la etapa que se abría en sus tesis para el III Congreso de la Internacional Comunista: "Por eso, desde el punto de vista del desarrollo de la revolución proletaria mundial, como un proceso único, la época por la que atraviesa Rusia es significativa como una prueba práctica y una verificación de la política del proletariado en el poder hacia la masa pequeñoburguesa." En la misma definición de los marcos de la Nep suprime pura y simplemente el problema del socialismo en un solo país.

No menos edificantes son la líneas que Lenin trazó para sí mismo durante los días en

los que se discutía y elaboraban los nuevos métodos económicos: "10 o 20 años de relaciones regulares con los campesinos y está asegurada la victoria en escala mundial (aun si hay retraso en las revoluciones proletarias, que están creciendo)" El objetivo está indicado: adaptarse a nuevos plazos, a más amplios vencimientos que se pueden necesitar para que madure la revolución en occidente. En ese sentido, y solamente en ese sentido, Lenin expresaba la seguridad de ver salir "de la Rusia de la Nep una Rusia socialista".

Decir que la idea de la revolución internacional no ha sido sometida a una revisión es decir poco; en cierto sentido, ha adquirido ahora una expresión más profunda y neta. En el X Congreso del partido, y para explicar la situación histórica de la Nep, Lenin decía: "Los países capitalistas desarrollados tienen una clase de trabajadores asalariados rurales formada a lo largo de muchas décadas. (...) Sólo en países donde esta clase está suficientemente desarrollada es posible pasar directamente del capitalismo al socialismo, sin necesidad de medidas de transición especiales en todo el país. En muchos trabajos escritos, en todas nuestras intervenciones públicas y en toda la prensa hemos subrayado que este no es el caso de Rusia, que aquí los obreros industriales son una minoría y los pequeños agricultores son una vasta mayoría. En un país así, la revolución socialista puede triunfar sólo con dos condiciones. Primero, si es apoyada oportunamente por una revolución socialista en uno o varios países avanzados. [...] La segunda condición es el acuerdo entre el proletariado, que ejerce su dictadura, es decir, tiene en sus manos el poder estatal, y la mayoría de la población campesina. (...) Sabemos que mientras no es talle la revolución en otros países, sólo el acuerdo con el campesinado puede salvar la revolución socialista en Rusia." Aquí están reunidos todos los elementos del problema. La unión con el campesinado es indispensable para la existencia misma del poder soviético; pero esa unión no reemplaza a la revolución internacional que, sólo ella, puede crear la base económica de un régimen socialista.

En el mismo X Congreso se presentó un informe especial: La república soviética sitiada por el capitalismo, dictado por el retraso de la revolución en Occidente. Kámenev habló en calidad de ponente, en nombre del Comité Central: "... Nunca nos hemos fijado como objetivo [decía él como si se tratase de alguna cosa incontestable] edificar un régimen comunista en un solo país aislado. No obstante ello, nos encontramos en una situación tal que nos es indispensable mantener la base del régimen comunista, la base del estado socialista, la república proletaria soviética, cercada por todas partes por las relaciones capitalistas. ¿Resolveremos ese problema? Pienso que es una cuestión escolástica. Planteada así, no se puede responder. Se presenta bajo esta forma: ¿en el actual estado de las relaciones, cómo conservar el poder de los soviets y mantenerlo hasta el momento en que el proletariado, de tal o tal otro país, venga en nuestra ayuda?" Si las ideas del ponente, sin duda alguna sometidas más de una vez en resumen al examen de Lenin, hubiesen estado en contradicción con el bolchevismo tradicional, ¿cómo hubiera sido posible que el congreso no hubiese elevado una protesta? ¿Cómo es que ni un solo delegado indicase que sobre la cuestión más esencial de la revolución Kámenev desarrollaba opiniones que no tenían "nada en común" con las de los bolcheviques? ¿Cómo hubiese sido posible que nadie en todo el partido señalase la herejía?

"Según Lenin la revolución extrae sus fuerzas ante todo de los obreros y los campesinos de la misma Rusia. Según Trotsky, se podría creer que las fuerzas indispensables sólo pueden reclutarse en el terreno de la revolución mundial del proletariado." A estas dos concepciones antitéticas, como a muchas otras, Lenin hubiese respondido, como hizo

el 14 de mayo de 1918 en una sesión del Comité Ejecutivo Central: "...no olvidamos la debilidad de la clase obrera rusa en comparación con otros destacamentos del proletariado internacional. (...) Debemos permanecer en nuestro puesto mientras no acuda nuestro aliado, el proletariado internacional" En el tercer aniversario de la insurrección de octubre, Lenin confirmaba: "... depositamos nuestra esperanza en la revolución internacional, y esa esperanza era indudablemente acertada (...) Siempre hemos señalado que una obra tal como la revolución socialista no puede ser llevada a cabo en un solo país..." En febrero de 1921, Lenin declaraba en el Congreso de los Obreros de la Industria de la Confección: "Desde 1917, cuando luchábamos contra los gobiernos republicanos burgueses en Rusia, e incluso desde que fue implantado el poder de los soviets a fines de 1917, hemos repetido una y otra vez a los obreros que la tarea cardinal y la condición fundamental de nuestra victoria es extender la revolución, por lo menos, a algunos de los países más avanzados." No, Lenin está demasiado comprometido por su empecinamiento en "extraer" fuerzas en el terreno mundial; ¡imposible blanquearlo!

Igual que Trotsky se ve colocado en oposición con Lenin, el mismo Lenin se ve en oposición con Marx y con más razón. Si Marx suponía que la revolución proletaria comenzaría en Francia pero no acabaría en otro lugar que en Inglaterra ello se explica, según Stalin, por el hecho que Marx no conocía todavía la ley de la evolución desigual. En realidad, la previsión de Marx, oponiendo un país en el que comienza la revolución a otro en el que se produce completamente la realización socialista, está enteramente construida sobre la ley de una evolución desigual. En cualquier caso, el mismo Lenin que no admitía reticencias sobre grandes cuestiones, jamás, ni en ninguna parte, marcó un desacuerdo con Marx y Engels a propósito del carácter internacional de la revolución. ¡Muy al contrario! En el Tercer Congreso de los Soviets Lenin decía: "Las cosas resultaron distintas de lo que esperaban Marx y Engels; y nosotros, las clases trabajadoras y explotadas de Rusia, tenemos el honor de ser la vanguardia de la revolución socialista internacional, y ahora vemos claramente hasta dónde llegará el desarrollo de la revolución; el ruso comenzó, el alemán, el francés y el inglés la terminarán, y el socialismo triunfará."

El argumento que nos espera más lejos es el del prestigio del estado: negar la teoría del socialismo nacional, "conduce [según los términos de Stalin] a desmochar nuestro país". Esta fraseología, intolerable para los oídos de un marxista, traiciona por sí sola toda la profundidad de la ruptura con la tradición bolchevique. Lo que temía Lenin no era un "desmoche", era la fanfarronada nacionalista.

"Somos (enseñaba Lenin en abril de 1918, en una sesión del soviets de Moscú) un destacamento revolucionario de la clase obrera que se ha adelantado, no porque seamos mejores que los otros obreros ni porque el proletariado de Rusia sea superior a la clase obrera de otros países, sino exclusivamente porque el nuestro era uno de los países más atrasados del mundo. Para nosotros la victoria definitiva llegará sólo cuando logremos aplastar de una vez y para siempre al imperialismo internacional, sostenido por la grandiosa fuerza de la técnica y la disciplina. Pero esa victoria solamente la obtendremos junto con todos los obreros de los países, del mundo entero."

El llamamiento a un juicio razonable sobre uno mismo deviene el leitmotiv de los discursos de Lenin. "... si la revolución rusa (que no se debe a un mérito especial del proletariado ruso, sino al curso general de los acontecimientos históricos, que por la voluntad de la historia ha colocado transitoriamente a ese proletariado en el primer

lugar, y lo ha convertido por ahora en la vanguardia de la revolución mundial)” En la Conferencia de la provincia de Moscú de los Comités de Fábrica, el 23 de julio de 1918 Lenin decía: “... el papel de vanguardia del proletariado ruso en el movimiento obrero mundial no se debe al desarrollo económico del país. Justamente a la inversa: el atraso de Rusia [...] Consciente del aislamiento de su revolución, el proletariado ruso ve con claridad que la condiciones necesaria y la premisa esencial de su victoria está en la acción conjunta de los obreros de todo el mundo, o de los obreros de varios países capitalistas adelantados.” Por supuesto que la insurrección de octubre no fue provocada solamente por el estado atrasado de Rusia, y Lenin lo entendía muy bien. Pero tuerce conscientemente el junco para enderezarlo enseguida.

En el Congreso de los Consejos de la Economía Nacional, es decir de los órganos especialmente llamados a edificar el socialismo, Lenin dice, el 26 de mayo de 1918: “No cerramos los ojos ante el hecho de que no podríamos realizar íntegramente y con nuestros solos esfuerzos la revolución socialista en un solo país, incluso si este país fuera mucho menos atrasado que Rusia”. Adelantando aquí las futuras vías de la categoría burocrática, el orador añade esta explicación: “... ello no debe provocar el menor pesimismo, pues la tarea que nos proponemos es una tarea cuyas dificultades y significación tienen un alcance histórico mundial.”

En el Congreso de los Soviets del 8 de noviembre dice: “... la victoria total de la revolución socialista es inconcebible en un solo país y requiere la colaboración más activa, por lo menos, de varios países avanzados, que no incluyen a Rusia.” Lenin no solamente es que le niega a Rusia el derecho a tener su propio socialismo sino que le asigna, de una forma demostrativa, un lugar de segundo orden en la edificación en común del socialismo en los otros países. ¡Qué criminal “desmoche” de nuestro país!

En marzo, en el congreso del partido, Lenin se mete con quienes quieren ir demasiado lejos: “Hemos adquirido experiencia práctica al dar los primeros pasos hacia la destrucción del capitalismo, en un país donde existen relaciones peculiares entre el proletariado y el campesinado. Pero nada más. Si nos comportáramos como la rana de la fábula y nos infláramos de engreimiento, sólo nos convertiríamos en el hazmerreír del mundo, seríamos simplemente unos fanfarrones.” ¿Puede alguien sentirse vejado al escuchar semejantes palabras? El 19 de mayo de 1921 Lenin exclamaba: “Pero ¿qué bolchevique ha negado jamás que la revolución no podría triunfar definitivamente más que tras haber ganado a todos los países avanzados o, al menos, a determinados de ellos?” En noviembre de 1920, en la conferencia del partido de la provincia de Moscú, ya había dicho que los bolcheviques ni han prometido ni soñado “... transformar todo el mundo con las fuerzas de Rusia sola. Pero nunca hemos tenido ideas tan extravagantes, y hemos dicho siempre que nuestra revolución vencerá cuando sea apoyada por los obreros de todos los países.”

A principios de 1922 escribía: “Incluso ni hemos acabado de establecer las bases de una economía socialista. Las fuerzas hostiles del capitalismo agonizante todavía pueden disputárnosla. Hay que verlo claramente y reconocerlo francamente, pues no hay nada más peligroso que las ilusiones y vértigos, sobre todo cuando uno se encuentra en grandes alturas. No hay absolutamente nada de “terrible” en ello, nada que dé motivos legítimos para el menor desfallecimiento, si se reconoce esta amarga verdad pues siempre, y en numerosas ocasiones, hemos manifestado esta verdad que es el abe del marxismo: para la victoria del socialismo se necesitan los esfuerzos conjuntos de los obreros de numerosos países avanzados.”



Dos años y medio más tarde, Stalin exigirá que se renuncie al marxismo en esta cuestión esencial. ¿Por qué motivo? Según él, Marx habría ignorado la desigualdad de la evolución, es decir la ley más elemental de la dialéctica, tanto de la naturaleza como la de la sociedad. Pero ¿cómo tratar al mismo Lenin que, según Stalin, habría “descubierto” por primera vez la ley del desarrollo desigual por la experiencia del imperialismo y que, sin embargo, se atenia obstinadamente al “verdadero abecedario del marxismo? En vano buscaremos la explicación.

Según la sentencia de acusación de la Internacional Comunista “El trotskismo actuaba y continúa actuando según la afirmación de que nuestra revolución no es en sí [¡!] en el fondo socialista, que la revolución de octubre sólo es una señal, un impulso y un punto de partida para la revolución socialista en occidente.” La transmutación en el sentido nacional se disimula aquí con la pura escolástica. La revolución de octubre “en sí” no existe en absoluto. Hubiera sido imposible sin toda la historia precedente de Europa, no tendría esperanza si no hubiese continuado en Europa y en el mundo entero. “La revolución rusa no es más que un eslabón en la cadena de la revolución internacional” (Lenin). Su fuerza radica precisamente allí donde los epígonos ven su “desmoche”. Justamente por ello, y solamente por ello, en lugar de ser un todo que prevalece por sí mismo es una “señal”, un impulso, un “punto de partida”, un “eslabón”, y adquiere un carácter socialista.

“Va de suyo que la victoria completa del socialismo en un solo país es imposible”, decía Lenin en el III Congreso de los Soviets, en enero de 1918. Pero, en revancha, sí es posible alguna cosa: “Un ejemplo vivo, mostrando cómo se resuelve el problema en un país cualquiera... eso es lo que estimula a las masas trabajadoras en todos los países.” En julio, en una sesión del Comité Ejecutivo Central: “... nuestra tarea inmediata, repito, es retener este poder, esta antorcha del socialismo, para que se desprendan de ella las chispas que aviven el creciente incendio de la revolución socialista.” Un mes más tarde, en un mitin obrero: “... la revolución se prepara y se producirá inevitablemente. Y debemos conservar el poder soviético intacto hasta que comience; nuestros errores deben servir de lección al proletariado de Occidente, al movimiento socialista mundial.” Algunos días más tarde, en el Congreso de Instrucción Pública: “... la revolución rusa es sólo una muestra, sólo el primer paso en la serie de revoluciones...” En marzo de 1919, en el congreso del partido: “La revolución rusa era, en suma, una repetición general... de la revolución proletaria mundial.” No es una actuación celebrada independientemente, ¡solamente es una repetición general! ¡Qué tozudez y qué crueldad en el “desmoche”!

Pero Lenin no se detiene ahí. El 8 de noviembre de 1918 dice: “Si ocurre que se nos derroca... tanderemos derecho a decir, sin disimular nuestros errores, que hemos utilizado el período que nos ha concedido la suerte íntegramente para la revolución socialista mundial.” Tanto vistas con el método del pensamiento como con el de la psicología política, ¡cómo de alejadas están estas palabras de la arrogante suficiencia de los epígonos que se imaginan ser el ombligo del mundo!

Mantener el error cometido en una cuestión esencial porque así obliga el interés político lleva a innumerables errores y transforma gradualmente todo pensamiento. “... Nuestro partido no tiene derecho a engañar a la clase obrera (decía Stalin en el plenario del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista en 1926), debe decir claramente que quien no esté seguro de poder edificar el socialismo en nuestro país acabará rehusando el poder y renunciando a la dirección para pasar a la oposición...” La Internacional Comunista dio su bendición a este punto de vista en una resolución:

“Negar esta posibilidad (la de un régimen socialista en un solo país) como lo hace la Oposición, no es otra cosa más que negar la existencia de las condiciones previas para la revolución socialista en Rusia.” ¡Las “condiciones previas” no son el estado general de la economía mundial, ni las contradicciones internas del imperialismo, ni las relaciones de clase en Rusia, sino la garantía dada por adelantado de que existe la posibilidad de realizar el socialismo en un solo país!

A esta deducción teleológica presentada por los epígonos durante el otoño de 1926 se puede replicar con las mismas consideraciones que opusimos a los mencheviques en la primavera de 1905: “Desde el momento en que el desarrollo objetivo de la lucha de clases le plantea al proletariado, en un momento determinado de la revolución, la alternativa: o bien asumir los derechos y obligaciones del poder o bien abandonar su posición de clase, la socialdemocracia se fija como tarea inmediata la conquista del poder. Y haciendo esto no ignora en absoluto los procesos objetivos del desarrollo que son de un orden más profundo, los procesos de crecimiento y concentración de la producción: desde el mismo momento en que la lógica de la lucha de clases, apoyándose al fin de cuentas en la marcha de la evolución económica, empuja al proletariado a la dictadura antes de que la burguesía haya agotado su misión económica... ello significa solamente que la historia hace recaer sobre el proletariado tareas de una formidable dificultad. Puede incluso que el proletariado resulte extenuado en esta lucha y sucumba bajo el peso de la carga, es posible. Pero no puede rechazar sus tareas más que bajo pena de una descomposición de clase y de un deslizamiento de todos el país hacia la barbarie.” A ello no tengo nada que añadir ni incluso ahora.

En mayo de 1918 Lenin escribía: “... Sería un error irreparable declarar que, desde el momento en el que reconocemos la falta de correlación entre nuestras fuerzas económicas y nuestra fuerza política”, de ello se dedujese “que no debíamos de haber tomado el poder... Así razonan los chupatintas olvidando que jamás habrá “correlación”, que no puede existir en la evolución natural ni tampoco en la evolución social, que solamente a través de sucesivos ensayos (cada uno de los cuales tomado aparte sería unilateral y enturbiado con determinada disparidad) se constituirá un socialismo integral con la colaboración revolucionaria de los proletarios de todos los países.” Las dificultades de la revolución internacional deben superarse no con una adaptación pasiva, ni con una renuncia al poder, ni con la actitud expectante de una nación que espera el levantamiento universal, sino con la acción completamente viva, con la victoria lograda sobre las contradicciones, con la dinámica de la lucha y con la ampliación de su terreno.

Si se toma en serio la filosofía histórica de los epígonos, en vísperas de Octubre los bolcheviques tenían que saber por adelantado, en primer lugar, que tendrían en su contra a legiones de enemigos; después, que del comunismo de guerra pasarían a la Nep; por fin, que en caso de necesidad edificarían su socialismo nacional. En una palabra, antes de tomar el poder debían establecer un balance exacto y anotar el saldo en su activo. Lo que se ha producido en realidad no se parece nada a esta piadosa caricatura.

En un informe al congreso del partido en marzo de 1923, Lenin decía: “Constantemente hemos tenido que marchar a tientas. El hecho deviene evidente cuando tratamos de lanzar una mirada de conjunto sobre lo que hemos vivido. Pero ello no nos ha hecho temblar en absoluto, incluso ni el 10 de octubre de 1917, cuando se decidía la cuestión de la tomar del poder. No dudamos que nos haría falta experimentar, según la expresión del camarada Trotsky, hacer ensayos. Nos lanzamos a una empresa a la que nadie en

el mundo se había arriesgado en tal escala." Y más adelante: "¿Quién pues ha podido hacer la mayor de las revoluciones sabiendo por adelantado cómo llevarla hasta el final? ¿De dónde se podría extraer semejante saber? No se encuentra en los libros. No existen libros de ese género. Nuestra revolución sólo pudo nacer de la experiencia de las masas."

Los bolcheviques no buscaban la certeza de que se podía edificar en Rusia un régimen socialista, no la necesitaban, era contraria a todo lo que les había enseñado la escuela del marxismo. "La táctica de los bolcheviques... (escribía Lenin contra Kautsky), era la única táctica intemacionalista, porque se basaba, no en el temor cobarde a la revolución mundial, no en una "falta de fe" filisteo en ella. (La táctica de los bolcheviques)... hacía todo lo posible en un solo país para el desarrollo, el apoyo y el despertar de la revolución en todos los países." Con semejante táctica uno no puede trazarse un itinerario infalible y menos aún podría uno garantizarse una victoria nacional. Pero los bolcheviques lo sabían: el peligro es un elemento de la revolución como de la guerra. Marchaban con los ojos abiertos ante los peligros.

Ofreciéndole al proletariado como ejemplo y prueba la valentía con la que la burguesía corre riesgos de guerra por sus intereses, Lenin estigmatizaba con aversión a esos socialistas que "tienen miedo a entablar el combate si no se les garantiza" un fácil éxito... "Merecen tres veces el menosprecio, esta escoria del socialismo internacional, estos lacayos de la moral burguesa." Es sabido que Lenin no se molestaba en escoger expresiones cuando le ahogaba la indignación.

"¿Pero qué hacer (pregunta con insistencia Stalin) si la revolución mundial está condenada al retraso? ¿Hay algún claro a la vista para nuestra revolución? Trotsky no propone ningún claro." Los epígonos exigen privilegios históricos para el proletariado ruso: deben haber carriles preparados ante él para un movimiento ininterrumpido hacia el socialismo, independientemente de lo que pueda pasarle al resto de la humanidad. ¡Lástima! La historia no ha fabricado esos carriles. En el VII Congreso del partido, Lenin decía: "Si examinamos la situación desde el punto de vista histórico mundial, indudablemente no habría esperanza de victoria final de nuestra revolución si quedásemos solos, si no hubiera movimientos revolucionarios en otros países."

Pero, incluso en ese caso, no sería estéril. En mayo de 1919, en el Congreso de la Enseñanza para Adultos, Lenin decía: "...aun cuando los imperialistas derrocaran mañana (eso fue en setiembre del año pasado) al gobierno bolchevique, ni por un segundo nos arrepentiríamos de haber tomado el poder. Y ni un solo obrero con conciencia de clase (...) se arrepiente de ello ni duda de que nuestra revolución, a pesar de todo, ha triunfado." Pues Lenin sólo se figuraba la victoria en la continuidad internacional de la evolución y de la lucha. "La sociedad nueva (...) es una abstracción que sólo se puede encarnar en diversos ensayos, incompletos, concretos, para crear tal o tal estado socialista." La clara diferencia y, en cierto sentido, la oposición de "estado socialista" y de "sociedad nueva" dan la clave de innumerables abusos cometidos por la literatura de los epígonos sobre los textos de Lenin.

Con una extrema simplicidad, Lenin explicaba el sentido de la estrategia bolchevique al final del quinto año siguiente a la toma del poder. "Cuando, en nuestros tiempos, inauguramos la revolución internacional actuamos así no porque estuviésemos convencidos de poder determinar de antemano el movimiento, sino porque numerosas circunstancias nos empujaban a comenzar esta revolución. Pensábamos: o bien la revolución internacional vendrá en nuestra ayuda, y entonces nuestras victorias

estarán completamente aseguradas, o bien cumpliremos nuestro modesto trabajo revolucionario, comprendiendo que en caso de derrota habríamos servido a la causa de la revolución, y que nuestra experiencia sería de una determinada utilidad para otras revoluciones. Teníamos claro que sin el apoyo de una revolución internacional, mundial, la victoria de la revolución proletaria era imposible. Hasta la revolución, y también tras ella, pensábamos: enseguida, o al menos muy pronto, estallará la revolución en el resto de países, en los que están más desarrollados en el plano capitalista; o, en caso contrario, pereceremos. Aunque concebimos así las cosas hicimos todo lo posible para salvaguardar, bajo cualquier circunstancia y a cualquier precio, el sistema soviético, sabiendo que trabajábamos no solamente para nosotros sino, también, para la revolución internacional. Lo sabíamos, hemos expresado más de una vez esta convicción antes de la revolución de octubre, igualmente también inmediatamente después y durante la época en la que se debatía y firmaba la paz de Brest-Litovsk. Y en resumidas cuentas esto era correcto." Los vencimientos se aplazaron, la trama de los acontecimientos se presentó de forma imprevista bajo muchos aspectos pero la orientación esencial sigue sin cambiar.

¿Qué se puede añadir a estas palabras? "Comenzamos... la revolución internacional." Si la insurrección en occidente no se produce "enseguida, o al menos muy pronto", pensaban los bolcheviques, "pereceremos". Pero, incluso en ese caso, la conquista del poder estará justificada; otros se instruirán gracias a la experiencia de quienes hayan sucumbido. "Militamos no solamente por nosotros sino, también, por la revolución internacional." Estas ideas de Lenin, profundamente embebidas de internacionalismo, fueron expuestas por él en el Congreso de la Internacional Comunista. ¿Le replicó alguien? ¿Alguien aludió a la posibilidad de un régimen socialista nacional? ¿Nadie dijo ni una palabra sobre ello!

Cinco años después, en el VII Plenario del Ejecutivo de la Internacional Comunista, Stalin desarrollaba consideraciones de un carácter completamente opuesto. Ya las conocemos. Si falta "la certeza de la posibilidad de la edificación del socialismo en nuestro país", el partido debe devenir de "partido dirigente, en partido de oposición...". Es necesario garantizarse el éxito antes de apoderarse del poder; no está permitido buscar tales garantías más que en el marco nacional; hay que estar seguros de poder edificar el socialismo en la Rusia campesina; en cambio, puede despreciarse perfectamente la garantía de una victoria del proletariado mundial. ¡Cada uno de los eslabones de esta cadena lógica golpea en toda la cara a la tradición del bolchevismo!

Para disimular su ruptura con el pasado, la escuela estalinista trató de utilizar algunas líneas de Lenin, las que le parecían las menos inservibles. El artículo de 1915 sobre los Estados Unidos de Europa hace, de pasada, el comentario que la clase obrera debe, en cada país, conquistar el poder y emprender la edificación socialista sin esperar a nadie. Si, tras estas líneas incontestables, se hubiese disimulado la idea de un régimen de socialismo nacional ¿cómo Lenin lo hubiera podido olvidar tan radicalmente durante los años siguientes y contradecirlo con tanta obstinación y a cada paso? Pero es inútil recurrir a argumentos indirectos cuando se poseen argumentos muy directos. Las tesis-programa, elaboradas por Lenin en ese mismo año de 1915, responden a la cuestión exacta y directamente: "La tarea del proletariado de Rusia es llevar hasta el final la revolución burguesa democrática en Rusia para alumbrar el fuego de la revolución socialista en Europa. Esta segunda tarea es ahora extremadamente cercana a la primera pero sigue siendo, no obstante, una tarea particular de segundo plano pues se

trata de clases diferentes colaborando con el proletariado de Rusia; para la primera, el colaborador es el campesinado pequeño burgués de Rusia; para la segunda lo es el proletariado del resto de países." No se puede pedir mayor claridad.

La segunda referencia a Lenin no está mejor basada. Es un artículo inacabado sobre la cooperación en el que dice que en la República Soviética se posee "todo lo que es indispensable y suficiente" para realizar, sin nuevas revoluciones, la transición hacia el socialismo: se trata, como lo muestra muy claramente el texto, de condiciones previas políticas y jurídicas. El autor no se olvida de recordar la insuficiencia de las bases de la producción y de la cultura. Lenin expresó más de una vez esta misma idea. "Lo que nos falta [escribía en un artículo del mismo período, a principios de 1923] es una cultura que permita pasar directamente al socialismo, aunque para ello tengamos las condiciones políticas previas." En ese caso, como en el resto, Lenin partía del hecho que el proletariado de occidente marcharía hacia el socialismo, haciéndolo al lado del proletariado ruso y precediéndolo. El artículo sobre la cooperación no indica en absoluto que la república soviética pueda crear, a la moda reformista y armoniosamente, su socialismo nacional en lugar de insertarse en el proceso de los antagonismos y revoluciones, en un régimen socialista mundial. Las dos citas, introducidas incluso en el texto del programa de la Internacional Comunista, han sido después ampliamente explicadas en nuestra "Crítica del programa", y nuestros adversarios no han intentado ni una sola vez defender sus elucubraciones y sus errores. Por otra parte, semejante tentativa carecería de esperanza.

En marzo de 1923, es decir en el último período de su trabajo creativo, Lenin escribía: "Nos encontramos... en el momento presente, ante un interrogante: ¿lograremos mantenernos con nuestra producción rural pequeña, muy pequeña, y ante nuestras ruinas hasta el momento en el que los países capitalistas de Europa occidental cumplan su revolución hacia el socialismo?" Lo vemos otra vez: los vencimientos se habían atrasado al máximo, la trama de los acontecimientos se había modificado, pero la base internacional de la política se mantenía inmutable. La creencia en la revolución internacional (según Stalin la "falta de fe" en las fuerzas internas de la revolución rusa) acompañó al gran internacionalista hasta la tumba.

Los epígonos tuvieron la posibilidad de "nacionalizar" las opiniones de Lenin solamente aplastándolo bajo un mausoleo.

\*\*\*

De la división mundial del trabajo, de la desigualdad del desarrollo de las diversas naciones, de su interdependencia económica, de la desigualdad de la cultura bajo sus diversos aspectos según los países, resulta que el régimen socialista sólo puede construirse de acuerdo con el sistema de una espiral económica que repartirá las incompatibilidades internas de tal o tal otro país sobre todo un grupo de países y las compensará con servicios recíprocos y con complementos mutuos de las economías y culturas, es decir, y al fin de cuentas, sobre el terreno mundial.

El antiguo programa del partido adoptado en 1903 comienza: "... el desarrollo del intercambio y de la producción internacionales en el mercado mundial creó lazos tan estrechos entre todos los pueblos del mundo civilizado, que el movimiento obrero actual debió adquirir, y adquirió hace tiempo, carácter internacional." La preparación del proletariado para la próxima revolución social está definida como la tarea de la "socialdemocracia internacional". Sin embargo, "en la vía que lleva a su objetivo final

común... los socialdemócratas de diversos países se ven forzados a plantear tareas inmediatas que no son las mismas para unos y para otros." En Rusia, la tarea es derrocar al zarismo. La revolución democrática se considera de antemano como una etapa nacional hacia la revolución socialista internacional.

La misma concepción fue puesta en la base del nuevo programa adoptado por el partido cuando éste conquistó el poder. En una discusión previa sobre el proyecto de programa para el VII Congreso, Miliutin aportó una enmienda a la resolución de Lenin: "Propongo [decía] insertar las palabras "revolución socialista internacional" allí donde se habla de "la era comenzada de la revolución socialista"... Pienso que una exposición de motivos es inútil... Nuestra revolución social sólo puede vencer como revolución internacional. No puede vencer únicamente en Rusia dejando subsistir al régimen burgués en los países que la rodean... Propongo introducir esta enmienda para evitar cualquier malentendido." El presidente Sverdlov: "El camarada Lenin acepta la enmienda; es pues inútil votar." ¡Este pequeño episodio de técnica parlamentaria (¡"una exposición de motivos es inútil", y "es inútil votar"! ) demuele la historiografía mentirosa de los epígonos de una forma que puede que sea más convincente que el estudio más cuidadoso! El hecho que el mismo Miliutin, así como Skavortsov- Stepánov más arriba citado, condenasen muy pronto sus propias opiniones bajo la denominación de "trotskismo", este hecho no cambia en nada la naturaleza de las cosas. Los grandes torrentes históricos son más fuertes que las vértebras del hombre. El ascenso de la marea levanta a generaciones políticas enteras y el reflujo se las lleva. Por otra parte, las ideas son aptas para vivir incluso tras la muerte física o espiritual de sus propagadores.

Un año más tarde, en el VIII Congreso del partido, que confirmó el nuevo programa, se dilucidó de nuevo la misma cuestión en un intercambio de vivas replicas entre Lenin y Podbelski. El delegado de Moscú protestaba contra el hecho de que, a pesar de la revolución de octubre, se continuase hablando en el futuro de la revolución social. "El camarada Podbielski objeta que en uno de los puntos se hablara de la inminente revolución social. [...] ¿Cómo? ¿Estamos en la revolución social y el programa habla de ella como de algo que aún tenemos por delante? Está claro que semejante argumento es insostenible, pues nuestro programa habla de la revolución social en escala mundial." ¡Ciertamente: la historia del partido no les ha dejado a los epígonos un solo rincón sin aclarar!

En el programa adoptado en 1921 por la Juventud Comunista, se presenta la misma cuestión bajo una forma particularmente simple y popular. En uno de sus párrafos se dice: "Rusia, aunque posea inmensas riquezas naturales, no deja de ser un país atrasado desde el punto de vista industrial y en el que predomina una población pequeño burguesa. Sólo puede alcanzar el socialismo gracias a una revolución proletaria mundial la hora de cuyo desarrollo ha llegado para nosotros." Aprobado en su tiempo por el buró político, con la participación no solamente de Lenin y Trotsky sino también de Stalin, ese programa conservaba todavía todo su valor en el otoño de 1926 cuando el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista consideraba como un pecado mortal el rechazo a reconocer el socialismo en un solo país.

En los dos años siguientes los epígonos se vieron, sin embargo, forzados a archivar los documentos-programa de la época de Lenin. Se llamó programa de la Internacional Comunista a un nuevo programa hecho con la reunión de fragmentos. Si en Lenin en el programa "ruso" se trata de la revolución internacional, en los epígonos se trata del socialismo "ruso" en el programa internacional.

¿Cuándo y cómo se mostró por primera vez abiertamente la ruptura con el pasado? Es mucho más fácil señalar la fecha histórica teniendo en cuenta que se corresponde con un momento significativo en la biografía de Stalin. En abril de 1924, tres meses después de la muerte de Lenin, Stalin exponía modestamente los puntos de vista traicionales del partido: "... Derrocar el poder de la burguesía y establecer el poder del proletariado en un solo país [escribía en su libro Cuestiones del leninismo], ello no significa aún la garantía de una completa victoria del socialismo. La tarea principal del socialismo (la organización de la producción socialista) todavía está delante de nosotros. ¿Se puede resolver este problema, se puede llegar a una victoria definitiva del socialismo en un solo país sin los esfuerzos conjugados de los proletarios de numerosos países avanzado? No, no se puede. Para el derrocamiento de la burguesía es suficiente con los esfuerzos de un solo país (esto ha quedado demostrado por la historia de nuestra revolución). Para la victoria definitiva del socialismo, para la organización de la producción socialista, ya no son suficientes los esfuerzos de los proletarios de diversos países avanzados..." Stalin acaba esta exposición con las siguientes palabras: "Tales son, en términos generales, los rasgos característicos de la teoría leninista de la revolución proletaria."

Hacia el otoño del mismo año, bajo la influencia de la lucha contra el "trotskismo", se demostró de golpe que precisamente Rusia, a diferencia del resto de países, podía construir con sus propios medios un régimen socialista si no lo impedía una intervención "Habiendo consolidado su poder y arrastrado tras de sí al campesinado [escribía Stalin en una nueva edición de la misma obra], el proletariado del país vencedor puede y debe edificar un régimen socialista." ¡Puede y debe! "es necesaria una victoria de la revolución al menos en numerosos países" solamente para "proteger por completo al país frente a un intervención". La proclamación de esta nueva concepción, que le reserva al proletariado mundial el papel de guardia fronteriza, acaba con las mismas palabras: "Tales son, en conjunto, los rasgos característicos de la teoría leninista de la revolución proletaria". En menos de un año Stalin le atribuye a Lenin dos puntos de vista diametralmente opuestos sobre la cuestión esencial del socialismo.

En el plenario del comité central, en 1927, Trotsky declaraba a propósito de los dos puntos de vista opuestos de Stalin: "Se puede alegar que Stalin se equivoca y después ha corregido. Pero ¿cómo ha podido equivocarse en tal punto sobre semejante cuestión? Si es justo decir que Lenin ofreció ya en 1915 la teoría de la edificación del socialismo en un solo país (lo que es radicalmente falso); si es cierto que después Lenin no hizo más que desarrollar y reforzar ese punto de vista (lo que es radicalmente falso), ¿cómo pues, se preguntará uno, ha podido Stalin elaborar por sí mismo, sobre esta cuestión de primera magnitud, y viviendo Lenin y en el último período de su existencia, ese punto de vista que encontró su expresión en la fórmula de Stalin en 1924? Resulta de ello que, sobre esta cuestión capital, Stalin siempre ha sido simplemente trotskista y que solamente en 1924 dejó de serlo... No estaría mal que Stalin encontrase en sus propios textos al menos un pasaje que demostrase que él había hablado de la edificación del socialismo en un solo país antes de 1924. ¡No lo encontrará!" Este desafío quedó sin respuesta.

Sin embargo no hay que exagerar la profundidad efectiva de la evolución estalinista. Igual que como en las cuestiones concernientes a la guerra y a la actitud hacia el gobierno provisional, o en la cuestión nacional, Stalin mantenía dos actitudes sobre las perspectivas generales de la revolución: una independiente, orgánica, que no siempre expresó y, en cualquier caso, jamás expresó hasta el límite; la otra convencional, fraseológica,

adoptada de Lenin. En la medida en que se trata de hombres pertenecientes a un solo y mismo partido no puede uno figurarse un abismo más profundo que el que separa a Stalin de Lenin, tanto sobre las cuestiones esenciales de la concepción revolucionaria como en la psicología política. La naturaleza oportunista de Stalin queda oculta gracias a que se apoya en una revolución proletaria triunfante. Pero hemos visto la posición independiente de Stalin en marzo de 1917: teniendo tras de sí una revolución burguesa ya consumida, le propone al partido como tarea "frenar la desunión" de la burguesía, es decir que se opone de hecho a la revolución proletaria. Si ésta se realizó no fue por culpa de él. Con toda la burocracia, Stalin se coloca en el terreno del hecho cumplido. Desde el momento en que hay una dictadura del proletariado debe haber también socialismo. Habiendo girado los argumentos de los mencheviques contra la revolución proletaria en Rusia, con la teoría del socialismo en un solo país Stalin se ha puesto en guardia contra la revolución internacional. Y como jamás ha meditado hasta el final las cuestiones de principios, no ha podido hacer otra cosa más que imaginar que "en suma" siempre ha pensado como durante el otoño de 1924. Y como, por otra parte, nunca se puso en contradicción con la opinión dominante del partido, no ha podido librarse de imaginar que, "en suma", éste pensaba como él.

A principio, la sustitución fue inconsciente. No se trataba de una falsificación sino de una degradación ideológica. No obstante, a medida que la doctrina del socialismo nacional ha ido tropezando con una crítica bien armada, ha sido necesaria la intervención organizada del aparato, principalmente quirúrgica. La teoría del socialismo nacional quedó decretada. Se demostró mediante el método del contrario: gracias al arresto de quienes no la admitían. Al mismo tiempo se abrió la era de un travestismo sistemático del pasado del partido. Su historia devino un palimpsesto. Hasta el presente se continúa desnaturalizando los pergaminos y ello con unas rabiosas ganas.

Sin embargo no fueron las medidas represivas y las falsificaciones lo que tuvieron una importancia decisiva. El triunfo de las nuevas opiniones, que respondían a la situación e intereses de la burocracia, descansaba en circunstancias objetivas, transitorias, pero extremadamente potentes. Las posibilidades que se habían abierto ante la república soviética eran, tanto en política exterior como interior, mucho más considerables de lo que nadie había podido esperar antes de la insurrección. El estado obrero aislado, no solamente se mantuvo en medio de legiones de enemigos sino que, además, despuntó económicamente. Estos hechos brutos modelan la opinión pública de la joven generación que no ha aprendido todavía a pensar en sentido histórico, es decir a comparar y prever.

La burguesía europea se había quemado demasiado los dedos durante la última guerra como para decidirse fácilmente a entablar una nueva. El temor a las consecuencias revolucionarias ha paralizado hasta ahora los planes de intervención militar. Pero el temor no es un factor seguro. La amenaza de la revolución no ha reemplazado todavía hasta ahora a la misma revolución. Un peligro que tarda en plasmarse pierde su valor operativo. Al mismo tiempo, el antagonismo irreductible entre el estado obrero y el mundo del imperialismo busca la forma de estallar. Los acontecimientos de los últimos tiempos son tan elocuentes que las esperanzas depositadas en una "neutralización" de la burguesía mundial hasta la finalización de la edificación socialista han sido ahora abandonadas por la fracción dirigente; en cierto sentido aquellas han cambiado incluso por su contrario.

Los éxitos industriales obtenidos a lo largo de los años de paz se mantienen como una prueba, adquirida para siempre, de las incomparables ventajas de que goza una



economía planificada. Este hecho no encierra ninguna contradicción con el carácter internacional de la revolución: el socialismo no podría realizarse en la arena mundial si sus elementos y bases no estuviesen preparados en diversos países. No se debe al azar que los adversarios de la teoría del socialismo nacional han sido, precisamente, los protagonistas de la industrialización, del principio del plan económico, del Plan Quinquenal, en particular, y de la colectivización. Rakovsky, y con él millares de otros bolcheviques, pagan con años de deportación y prisión los costes de la lucha a favor de una audaz iniciativa económica. Pero ellos mismos, por otra parte, han sido los primeros en levantarse contra la sobreestimación de los resultados obtenidos y la petulancia nacional. En revancha, los "prácticos" desconfiados y miopes, que hace tiempo pensaban que el proletariado de la Rusia atrasada no podría acceder al poder y que, tras la conquista del poder, negaban la posibilidad de una amplia industrialización y de la colectivización, han ocupado enseguida la posición completamente opuesta: los éxitos obtenidos contra sus propias previsiones simplemente los han multiplicado para hacer así resultados presumidos de una serie de planes quinquenales, substituyendo la perspectiva histórica por una tabla de multiplicar. Ahí está la teoría del socialismo en un solo país.

En realidad, el actual crecimiento de la economía soviética sigue un proceso contradictorio. Consolidando al estado obrero, los logros económicos no llevan completamente de forma automática a la creación de una sociedad armoniosa. Por el contrario, preparan en un nivel más elevado la intensificación de las contradicciones que pone de manifiesto una construcción socialista aislada. La Rusia rural continúa necesitando un plan económico general edificado con la Europa urbana. La división mundial del trabajo se eleva por encima de la dictadura del proletariado en un solo país y le prescribe imperiosamente las vías a seguir. La insurrección de octubre no excluyó a Rusia de la evolución del resto de la humanidad; por el contrario, la ligó más estrechamente a ella. Rusia ya no es un gueto de la barbarie pero todavía no es la Arcadia del socialismo. Es el país con la situación más transitoria en nuestra época de transición. "La revolución rusa no es más que un eslabón en la cadena de la revolución internacional." El estado actual de la economía mundial permite decir sin duda alguna: el capitalismo se ha acercado mucho más a la revolución proletaria de lo que la Unión Soviética se ha acercado al socialismo. La suerte del primer estado obrero está indisolublemente ligada a la del movimiento emancipador en occidente y en oriente. Pero este es un sujeto de importancia que exige ser estudiado aparte. Confiamos en poder volver sobre él.